

"LA SAGRADA FAMILIA"

A propósito del centenario de Lenin

La Dirección General de Estadística de la URSS comunicaba por vía de prensa en los primeros días del mes de mayo de 1970, los resultados del "Sábado Comunista", que se había cumplido el 25 de abril anterior para conmemorar el centenario del nacimiento de Lenin. Como se recuerda, Lenin nació en Simbirsk el 22 de abril de 1870. En el susodicho "Sábado Comunista" tomaron parte 119.200.000 trabajadores, que se reparten como sigue: 27.200.000 en la industria; 6.400.000, en la construcción; 5.900.000 en los transportes; 8.100.000 en los sovjosi y otras empresas agrícolas del Estado; 13.600.000 en los koljosi; 58 millones en los trabajos para la "organización de los centros habitados". Se ha producido de este modo una cantidad considerable de bienes (carbón, automóviles, tractores y otras maquinarias agrícolas, equipamientos industriales, materiales de construcción y maderas, textiles, artículos de punto, zapatos, productos alimentarios, televisores, heladeras, electrodomésticos, etc.), entre los que tan sólo los productos industriales representan un valor de 600 millones de rublos. El "Sábado Comunista" consiste en prestaciones no retribuidas de trabajo, claro está que voluntarias.

Para entender lo que significa lo anteriormente dicho, es indispensable colocarse en un contexto general del que Lenin no es sino un momento, por cuanto él es inexplicable sin Marx, como lo que ha venido a partir de su desaparición resultaría inexplicable sin él. Digase lo que se quiera en el clan de los exégetas en marxología y en el de los exégetas en marxleninología, Lenin procede legítimamente de Marx y precede legítimamente a Stalin y a todos sus sucesores; lo que se ha hecho en la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas a partir del 25 de octubre de 1917 no es en absoluto violación del magisterio de Marx, sino continuidad diáfana de un cierto Marx, el único que cuenta, quiero decir, el "Marx revolucionario". Ello significa que Lenin es inconcebible fuera de Marx, como Stalin, Jrushchov, Brezhnev lo son fuera de Lenin: la fundación de la *Cheká* pertenece plenamente a las normas edictadas en *El Estado y la Revolución* y éstas surgen directamente de las conclusiones de *La guerra civil en Francia*; asimismo, la "liquidación de los *kulaki* como clase" y la Gran Purga son hijas directas de *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, del mismo modo que el retorno creciente a los métodos stalinianos a partir de la exoneración de Jrushchov pertenece a la línea de la mentada *bolshaia chitska*. Todo lo cual da su verdadero sentido al "humanismo marxistaleninista" que afirman practicar, sin pausa ni so-

siego, los cultores de la dialéctica materialista. Para que, en el momento de su centenario, la persona, el pensamiento y las obras de Lenin asuman su verdadero sentido, quiero decir, para que no anden reñidos escandalosamente con la realidad histórica de la que constituyen un momento irreversible, es necesario aprehenderlos en ese contexto general que arranca de Marx—sin tantas distinciones entre el joven y el viejo Marx— y desemboca en el *leadership* del movimiento comunista soviético e internacional tal como se desempeña actualmente en el Kremlin. Este contexto general es lo que, después de Karl Marx, me he permitido a mi vez llamar: *La Sagrada Familia*, aun cuando mi objetivo sea bastante diferente del que el profeta de Tréveris se había fijado.

Pues bien, desde hace algún tiempo a esta parte, los "humanistas" que componen esta Sagrada Familia están de parabienes. En 1967, festejaron el cincuentenario de su revolución y el primer centenario de la publicación del primer tomo del *Capital*; en 1968 movilizaron otra vez a sus huéspedes vernáculos y foráneas para conmemorar los ciento cincuenta años del nacimiento del aludido profeta; y 1970 pertenece todo al centenario leniniano. Que no se crea, empero, que esta última festividad sea exclusiva de los soviéticos en particular y de los comunistas en general. Por doquiera, se ha querido exaltar el "humanismo" del hombre de Simbirsk y, para hacerlo dignamente, se han hecho presentes personajes como el Dr. Thant, Secretario General de las Naciones Unidas; el Sr. Maurice Schuman, ministro francés de Asuntos Extranjeros; el ex-vicepresidente de los Estados Unidos, Hubert Horatio Humphrey, en su calidad de presidente honorario vitalicio de los *Americans for Democratic Action*, la Sra. Indira Gandhi, primera ministro de la Federación Indiana, sin olvidar a algún que otro prelado de primer cartel, cuyo nombre no doy en este lugar por caridad cristiana, justamente porque sigo reservando mis preferencias a otra Familia bastante más sagrada, a mi tridentino entender, que la que es objeto del presente trabajo.

1

Como ya he dicho, pues, el cincuentenario de la Revolución de Octubre coincidió con el primer centenario de la publicación del *Capital*. Esta es una primera circunstancia que nos lleva a reflexionar con mayor apertura crítica que la que, por sí sola, nos hubiera brindado una celebración propiamente soviética, por cuanto, aprehendida desde afuera, conforma para nosotros, a través de Marx, una introducción inmejorable a Lenin y al marxismo-leninismo en su conjunto. Por de pronto, nos ayuda a descubrir en toda su trayectoria la naturaleza de una doctrina, cuya causa primera—el marxismo de Marx— ha producido, si bien por caminos desviados, el efecto actual—el marxismo leninismo— con sus incontables derivaciones, no sólo propias a Rusia y al llamado campo del socialismo, hasta cuajar en aquello que podemos atrevernos a definir, sin remilgos ni temor a desmentidos: descomposición del marxismo. Pues, a pesar de las pretensiones científicas de Marx y de sus herederos más o menos abusivos, esta doctrina, en su recorrido secular, ha demostrado ser, pura y simplemente, una utopía más, quiero decir, una ideología tan nutrida en la utopía y, en ciertos casos, más utópica aún que la de los reformadores sociales a los que, con su conocida afición por el genocidio intelectual, Karl Marx y su Eckerman fueron los primeros en señalar al desprecio del mundo pensante como "socialistas utópicos".

Del "joven Marx", solamente hablaré a modo de referencia, por ahora. De este "joven Marx", nada queda en la URSS, por lo menos en los círculos oficiales, por motivos por otra parte muy naturales si queremos apreciarlos en la óptica de la salvaguardia personal. Caso muy singular, los únicos que se refieren a este período de la vida del maestro son justamente ciertos círculos de oposición, pero no porque, antes de 1844, Marx fuera más auténticamente comunista que después de su llegada a París, sino porque era decididamente *anticomunista*, como lo revela el trozo siguiente, que saco de su polémica, sostenida el año anterior en *Die Rheinische Zeitung*, publicación "democrática burguesa" que él dirigía en Colonia, con un periódico que lo había acusado de ser comunista: "La *Rheinische Zeitung*, que ni siquiera admite las ideas comunistas en su forma actual como *realidad teórica* y desea aún menos su *realización práctica* o la considera imposible, someterá estas ideas a una crítica escrupulosa. Pero escritos como los de Leroux Considérant y, sobre todo, el inteligente trabajo de Proudhon, no pueden criticarse con ideas superficiales lanzadas al azar, sino sólo después de un estudio detenido y profundo" (...) "Tenemos la firme convicción de que no es el *intento práctico*, sino la *realización teórica* de las ideas comunistas lo que constituye el verdadero *peligro*, pues a los *intentos prácticos*, incluso intentos *in Masse*, puede contestarse con los cañones, en cuanto dichos intentos resultan peligrosos. Pero las ideas que nuestra inteligencia domina, que nuestras convicciones vencen, en las que el entendimiento ha forjado nuestra conciencia, no son cadenas a las que podamos sustraernos sin desgarrarnos el corazón. Son demonios a los que el hombre sólo puede subyugar sometiéndose a ellos. Ahora bien, la *Augsburger Zeitung* jamás conoció la *inquietud de la conciencia* que la rebelión de los deseos subjetivos del hombre suscita contra las ideas objetivas de su propio entendimiento, *porque no tiene siquiera entendimiento, ni idea, ni conciencia propios*"¹.

Como puede verse, en 1843, el joven Marx, el que había pasado por el *Doktor Club* de los Jóvenes Hegelianos, que se había doctorado en Iena, que, renunciando a la carrera universitaria, se había hecho periodista, alcanzando de entrada la dirección de la *Gaceta Renana*, seguía siendo, como su padre y sus tíos, como su suegro y mentor el Consejero de Estado barón Ludwig von Westphalen, hijo sumiso de la *Aufklärung*, sobre todo en sus manifestaciones francesas del tiempo de la Revolución y del Imperio. Quiero decir que se situaba aún en la línea de los "pensadores meditados" alemanes que, con el birrete y la toga de los académicos, por no decir con el gorro de dormir y las zapatillas, estaban urdiendo teorías complicadas que no eran sino la versión confusa y nebulosa de las actividades filosóficas de los franceses de la muy pedante Ideología². Por consiguiente, no hab'aremos de ese Marx juvenil más que para referirnos a los pretextos que algu-

1. Citado por A. Comu en: *Karl Marx et Friedrich Engels* (vol. 1-1818/1820-1844); París, 1955. El autor, filósofo comunista de estricta observancia dicta cátedra de historia del marxismo en la Facultad de Filosofía de la Universidad Humboldt, de Berlín Oriental. La obra citada es su tesis de doctorado en filosofía sostenida ante la Universidad de París.

2. Apreciación algo cruel y, con todo, justa, debida a Bertram D. Wolfe en su: "Das Kapital", a *Hundred Years After*, ensayo publicado en "Antioch Review", Yellow Springs, O. USA, entrega de invierno, 1966-1967. A continuación, seguiré a este ejemplar conocedor del problema, sobre todo a través de su obra fundamental: *Three who made a Revolution*, Nueva York, 1948, y de su: "A Party of a new Type" en obras colectiva: *The Comintern Historical Highlights*, Nueva York, 1966.

nos opositores invocan en la URSS para atacar al marxismo-leninismo, sin que los portadores de la "línea general" puedan acusarlos de desviacionismo ideológico, puesto que, para "filósofos de la acción" como los compañeros Leonid Brezhnev, Mijaíl Suslov y los inquietantes Sheliépin y Semichastniy, Marx es un profeta infalible que todo lo previó desde el día en que mojó su primera pluma en su primer tintero y al que, pues, hay que aceptar en bloque, aun cuando, de Lenin en adelante, ninguno de los guardianes de dicha "línea general" jamás haya hecho la más leve alusión a sus escritos juveniles, ni permitido que nadie la hiciera en los lugares que pertenecen a la jurisdicción vigilante de los puristas del KGB. Preferentemente hablaremos del Marx más maduro y del Marx bien entrado en años —como se sabe, el Profeta nunca envejece— que empieza a evidenciar su genialidad avasalladora con el *Manifiesto Comunista* y la remata con la publicación del primer tomo del *Capital*. Hablemos, pues, del Marx comunista.

Marx se hace, si me atrevo a decir, "marxista", es decir, "socialista científico", en 1844. Ya está por alcanzar los veintisiete años de edad, lo que no es mucho por cierto cuando se trata del hombre común y corriente. Pero, para el genio que dejará su sello imborrable en la historia, es la edad en que la mente se proyecta incontinentemente, propulsada por las ideas y la ambición. Alejandro había derrotado a Darío III a los veintidós años y fundado Alejandría a los veinticinco; Bonaparte había conquistado una gloria imperecedera a los veintisiete. Pues bien, al borde de esta misma edad, el "genio" de Karl Marx estalla. Se ha instalado en París con su joven esposa Jenny y, durante un año, vive desahogadamente gracias a la generosidad incansable del hombre al que Bertram D. Wolfe define como su "Fundación Ford", una fundación que se tornará vitalicia, el igualmente joven Federico Engels, hijo de un rico hilandero renano que lo ha enviado a Inglaterra donde dirige la sucursal de la empresa de familia. Engels le hace compartir su gusto por la refinada cocina francesa y por los vinos de calidad, aun cuando, por su cuenta, en un trabajo que está por terminar: *The Condition of the Working Class in England*, dedicado a "las clases obreras de la Gran Bretaña", afirme haber renunciado, y con mucho gusto por añadidura, "a las cenas, al vino de Oporto y al Champán", para consagrar sus "horas libres casi exclusivamente al trato con los simples obreros", dándose a sí mismo el ingenuo y teutónico *satisfecit* siguiente: "estoy contento y orgulloso por haber procedido de esta manera..."

Durante este año de estudio y de ocio gastronómico, Marx descubre el sentido de la revolución francesa. Cierto es que este su *gradus ad Parnassum* se cumple a través de los "historiadores burgueses", pero esto no le impide recibir la iluminación que su genio esperaba para expandirse libremente: "toda la historia es solamente el relato de la lucha de clases", cuyo corolario es que los momentos en que se producen los grandes cambios históricos son aquellos en los que "una clase desplaza a otra". Este es el instante crucial del pensamiento de Marx, el que lo lleva a inventar *ex nihilo* al "hombre-clase", alrededor del cual, en adelante, articulará toda su filosofía. Dato curioso, tras haber descubierto a este "hombre-clase", que debería inducirlo a formular una definición de las clases o, puesto que es filósofo, de la idea de clase, nunca logrará precisar el sentido de esta palabra clave. Después de varios intentos, que caben en una simple cuartilla de tamaño reducido y borroneada al punto de resultar ilegible, acabará renunciando. También hace otros

descubrimientos. Por ejemplo, que "la política es la ciencia de la producción", aunque, por amor de verdad, sea conveniente indicar que la definición pertenece a Saint-Simon, así como pertenece a este mismo "socialista utópico" la sentencia, que Marx se atribuye igualmente, según la que, en la sociedad futura, por fin filosófica y racionalmente organizada —tal será su manera "científica" de romper con la utopía—, "la política que gobierna a los hombres se convertirá en administración de las cosas", esto es, en la "abolición del Estado"³. Siempre en 1844, descubre que, "bajo la civilización, la pobreza ha nacido de la superabundancia", axioma que pertenece enteramente a la cosecha de Fourier. Así son todas sus grandes iluminaciones, las que han de determinar completamente su acción ulterior por encima, o a través, de todas sus variaciones tácticas. Leyendo a Buonarroti, chocea con una profecía de Babeuf, que adopta de inmediato como propia: "La Revolución Francesa es la precursora de otra revolución más grandiosa que será la última"⁴. Proudhon, al que tanto odiará hasta el extremo de calumniarlo rastreadamente, le enseña que "la propiedad es el robo"; Bakúnin, al que perseguirá con saña inexplicable acusándolo de "soplón" al servicio de la Tercera Sección, esto es, de la policía política de Nicolás I, le permite comprobar que, para imponerse, el socialismo necesita la revolución, "en la medida en que necesita la destrucción y la disolución"; Blanqui, otra de sus víctimas inamovibles, que no puede haber revolución sin organización secreta, la cual tiene que actuar bajo forma de conspiración por obra de "agitadores profesionales" que, el día señalado por la central, ocuparán los nudos estratégicos del poder burgués y los utilizarán para despertar al proletariado, ese "coloso dormido", y para lanzarlo a la destrucción del orden existente: temperamento genuinamente anárquico que Marx eliminará de su diccionario político después del fracaso de la Comuna de París —aunque más no sea porque ese mismo Blanqui se la había "soplado" desde la cárcel donde lo había encerrado el gobierno del *foutriquet* —Adolphe Thiers—, pero que Lenin recogerá cuidadosamente a través de las glosas anarquizantes de Tkachiov y de los talmudismos del mismo Marx de *La guerra civil en Francia*, para dar el golpe de Octubre, y que, en verdad, no es ni de Marx, ni de Blanqui, ni de Tkachiov, sino del ya citado Gracchus Babeuf⁵.

Mas aquí no termina el saqueo. Quedan los "historiadores burgueses", Gui-

3. Paso de la "política de los hombres" a la "administración de las cosas", vale decir, primacía de la organización económica, éste es el fundamento básico del proyecto tecnocrático. ¿Cómo extrañarse de que este proyecto revista tanto valor a los ojos de la burocracia marxista-leninista, como a los de los gerentes industriales de la empresa neo-capitalista? Y ¿será inútil recordar que el susodicho proyecto tecnocrático no es sino la actualización del plan saint-simoniano de organización de la sociedad bajo la dictadura de los banqueros y de los industriales, papel desempeñado en la URSS por la burocracia del Partido-Estado?

4. F. Buonarroti: *Conspiration pour l'égalité dite de Babeuf, suivie du procès auquel elle donna lieu et des pièces justificatives* (2 vols.), Bruselas, 1828. Existe una versión italiana integral publicada en Turín en 1947.

5. He seguido esta filiación Lenin-Tkachiov-Blanqui-Marx-Buonarroti-Babeuf, esto es, Revolución de Octubre —Comuna de París— Conspiración de los Iguales, en mi Camino de la revolución, de Babeuf a Mao Tse-tung, Buenos Aires, 1966 (segunda edición revisada de un largo ensayo publicado en la revista "Estudios Franceses" de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nac. de Cuyo, en entrega consagrada al Segundo Centenario de la Enciclopedia, Mendoza, 1951). Lo esencial del pensamiento y de los planes de acción de Babeuf fue publicado por M. Dommanget: *Babeuf. Pages choisies*, París 1935. En los primeros tiempos de la revolución soviética, el historiador ruso Evguénii Tarlé trabajó inteligentemente sobre el babuismo para justificar los actos iniciales de Lenin. A partir de 1924, silencio hermético sobre esta cuestión, en la Unión Soviética.

zot, Augustin Thierry, Mignet, etc., o sea, el riñón del capitalismo en expansión, la capilla de los Doctrinarios que hicieron posibles las "Tres Gloriosas" de julio de 1830 con su pretensión de poner de acuerdo el principio monárquico, aun al precio de una usurpación como en la Inglaterra de 1688, con las ideas de 1789, instalando a Francia en la espiral de los grandes negocios, lo que, en palabras pobres, quiere decir, colocándola bajo la administración de las oligarquías financieras surgidas de la Revolución y del Imperio. Los Doctrinarios fueron quienes entregaron a Marx la llave de oro que le permitió descubrir el núcleo vital de su filosofía, el materialismo dialéctico. Aquí, justamente, es donde operan su encuentro en la cabeza del Marx de 1844, las ideas muy concretas de la despierta burguesía francesa con las de los utopistas y las lucubraciones nebulosas de los "pensadores mediatibundos" de su tierra natal. El camino es fácil de seguir, a condición de arrancar, por fugazmente que sea, del "joven Marx".

Marx sacó de Hegel el método dialéctico que se encuentra en la base de su filosofía y de su metodología de la revolución. Ello es cierto, pero solamente en una cierta medida. En efecto, este método dialéctico le fue entregado, no por el maestro de Iena, sino por Ludwig Feuerbach, que lo había aplicado a la crítica del cristianismo, lo que significa que, aun pasado por las manos de los Jóvenes Hegelianos, dicho método dialéctico permanecía incompleto. Allí donde Feuerbach decía que Dios es una creación mítica del hombre y que la esencia de la religión está en la psicología, por cuanto los deseos insatisfechos de los hombres son los que dan la clave de todas las creencias, y que, al forjarse esta idea de Dios, los hombres lograron únicamente hacerse esclavos de un ídolo que es su propia creación, Marx se ve llevado a aplicar esta crítica a todas las ideas, estableciendo en axioma que son mistificaciones, vale decir, mero reflejo de la realidad en el espíritu humano. En otros términos, no es cierto que los hombres viven de una cierta manera porque piensan de una cierta manera: piensan de una cierta manera porque viven de una cierta manera. Así, el axioma de Feuerbach: "El hombre es lo que come", Marx lo completa afirmando: "No es la conciencia de los hombres la que determina su existencia. Por el contrario, su existencia es la que determina su conciencia"⁶. De allí, afirman los exégetas, surge el materialismo dialéctico, idea fuerza del marxismo.

Ahora bien, esta idea fuerza puede parecer original con respecto al pensamiento de Hegel y al de Feuerbach. No lo es en absoluto si nos reportamos, dejando de lado cualquier referencia a la filosofía alemana, al pensamiento de la burguesía triunfante en Francia a partir de la Restauración, pensamiento liberado por las Tres Gloriosas. En efecto, esta manera de pensar era corriente entre los historiadores y economistas de la escuela de los Doctrinarios, singularmente, y de modo constante, en los ya citados Guizot, Thierry y Mignet. Puede sostenerse incluso que el materialismo económico de Marx tuvo su origen, todo su origen aun, en el pensamiento de la burguesía francesa de la primera mitad del siglo XIX. Es un producto, una justificación sobre todo, de la preponderancia de la burguesía que pretendía fundar su poderío por encima de la sociedad en la producción, la

6. K. Marx: *Contribución a la crítica de la economía política*: redactado en 1859, pero publicado solamente a los setenta y cinco años, como la *Ideología Alemana*, como *La Sagrada Familia*, o crítica de la crítica crítica...

riqueza, los servicios económicos, la propiedad —así como se lo había enseñado Saint-Simon, padre de toda tecnocracia futura—, y no en los lazos de hombre a hombre, en los servicios prestados a la comunidad asegurando el orden en el interior de las naciones y la paz y la integridad de las fronteras frente al extranjero, como había sido el caso de las categorías dirigentes de la sociedad monárquica y aristocrática tradicional en las que habían vuelto a encarnarse, de 1814 a 1830, estos ideales "feudales", que no eran otra cosa, en suma, sino los ideales imperativos del bien común. Es indispensable tener en cuenta lo siguiente: a esta norma del bien común, se opone y se contrapone el imperativo categórico de la voluntad general.

De esta suerte, a través de los Doctrinarios, de los Jóvenes Hegelianos y de Hegel, Marx completa su aventura dialéctica llegando hasta Rousseau. Para el padre del idealismo, toda idea engendra una idea contraria, toda tesis una antítesis, y estos dos términos contradictorios engendran a su vez un tercer término que los recoge, los contiene y los supera, la síntesis. Esta, al transformarse en tesis, engendra una nueva antítesis, de lo cual surge otra síntesis. Esta es la filosofía dialéctica, también llamada metafísica de la contradicción.

Según Rousseau, el hombre es libre en estado de naturaleza, antes de la constitución de cualquier forma de asociación, pero si bien es cierto que, en este estado de naturaleza, no tiene que sufrir ninguna especie de coacción social, no goza de la menor protección contra las fuerzas hostiles del cielo y de la tierra. Para defenderse, crea la sociedad que, al insertarlo en un contexto humano organizado, le permite afrontar las fuerzas de la naturaleza y domesticarlas. Pero, al mismo tiempo, el orden social, es decir, legal, así creado por él, el contrato en suma, le impone su disciplina, conformándose como negación de su libertad primigenia. Sin embargo, simultáneamente, este orden social, estas leyes dan nacimiento a una forma superior de libertad, la libertad civil engendrada por la voluntad general. De donde la sociedad civil es, a la vez, portadora de factores de destrucción de la libertad y creadora de medios para asegurarla y perfeccionarla.

De tal suerte, la libertad natural (tesis) provoca la creación del orden social que la niega (antítesis), pero da nacimiento a la sociedad civil (síntesis) que es la que asegura la libertad verdadera.

Este es el camino por el que, aplicado a la relación política en función económica, el método dialéctico da nacimiento al materialismo histórico. El aporte de Marx consiste en que la lucha se substituye al contrato. La lucha, determinada por técnicas nuevas, es la que hace progresar la sociedad por saltos, mediante relaciones antitéticas que se resuelven en síntesis sucesivas: patriciado-esclavitud, feudalismo-servidumbre, aristocracia-burguesía, capitalismo-proletariado. La lucha, condicionada por este enfrentamiento perpetuo, quiere ser, por consiguiente, reflejo anticipado de lo que será la voluntad general en la síntesis final del comunismo. Para Marx, pues, la lucha no se concibe como medio para alcanzar un progreso social definitivo, por lo menos hasta que se dé la síntesis final en la sociedad comunista, acerca de la que, por lo demás, permanece singularmente silencioso a lo largo de toda su obra. Pues, sostiene, mientras esta síntesis final no se produzca, el progreso social, al suprimir paulatinamente los motivos de rebelión en la mente de los explotados, solamente lograría determinar la interrupción del movimiento de la historia. Como subraya él mismo con mucha insistencia: "Es el lado malo (de

las sociedades) que produce el movimiento que, creando la lucha, hace la historia”⁷. Por consiguiente, el movimiento causado por una antítesis social constantemente en acción es lo que “constituye el verdadero progreso”⁸.

En esto también, el pensamiento de Marx está muy próximo del que movía a la burguesía conquistadora de esta primera parte del siglo XIX en su tentativa de justificar su acción y de proporcionar bases jurídicas irremovibles a su poderío, pues estaba convencida de que las realidades de la producción y de los cambios que tenía a su cargo constituían el fundamento real de las sociedades, mucho más que las instituciones políticas y militares, cuyo monopolio la monarquía y la aristocracia habían ejercido durante tantos siglos.

Al pasar a la teoría de la revolución elaborada por Marx a partir de 1844, comprobamos la presencia de otras coincidencias singulares. Para empezar, que la concentración capitalista vuelve innecesaria la socialización de los instrumentos de trabajo, por cuanto el capitalismo es el que se encarga de esta misma operación al crear el aparato de la gran producción colectiva que, a la vez que generador de abundancia, para sus dueños, inserta a los trabajadores en relaciones de estrecha interdependencia. Por consiguiente, no es la voluntad de los hombres la que crea la propiedad colectiva. El movimiento natural de la sociedad capitalista es el motor que empuja irresistiblemente hacia ella. Y ello significa que el advenimiento del socialismo es el momento final de un movimiento dialéctico, capitalismo-proletariado, que se resolverá en la síntesis definitiva del comunismo.

Lógicamente, pues, no es el socialismo, sino el capitalismo, el que los comunistas deberían propugnar allí donde la sociedad no superó aún la fase preindustrial de su organización socio-económica. En rigor, esto es lo que Lenin y Stalin entendieron, el primero cuando hizo su revolución en un país que, como Rusia, estaba en los albores de su modernización en estilo capitalista; el segundo, provocando su industrialización acelerada, con su política de los Planes Quinquenales, de modo de poder insertar a la empresa en su almacén ideológico. En este sentido, Marx y, por vías de consecuencia, Lenin y Stalin no fueron anticapitalistas, sino, hablando en propio, post-capitalistas, esto es, herederos del capitalismo, *al descubrir*, aquél, las condiciones *indispensables* para la instauración del socialismo; al crear, éstos, de modo forzoso, esas mismas condiciones que, justamente, son las que el capitalismo *libera* al engendrar las causas de su propia socialización. Pues, como sostiene el mismo Marx: “Una sociedad nunca desaparece antes de que se hayan desarrollado las fuerzas productoras que es bastante amplia para contener, y nunca se les substituyen relaciones nuevas y superiores de producción antes de que las condiciones materiales de existencia de estas relaciones hayan sido incubadas en el seno mismo de la vieja sociedad”⁹.

Obviamente, cuando el capitalismo haya creado las condiciones óptimas para su propia socialización, reconoce Marx —seguimos hablando del Marx “no joven” ya, pero no todavía “entrado en años”—, no por ello aceptará ceder el paso al proletariado sin oponerle resistencia. De allí la necesidad del recurso a la fuerza, que

7. K. Marx: *La miseria de la filosofía*, 1847 (he utilizado la versión francesa de Molitor).

8. *Idem*.

9. En introducción a la *Contribución a la crítica de la economía política*.

se producirá en el momento en que “el arma de la crítica habría de ser reemplazada por la crítica de las armas”. Este es el punto en que Lenin fijará mayormente su atención, por las razones que veremos, y al que el Marx de aquellos años llamaba “parto doloroso de la Historia”, pues “la fuerza es la comadrona de toda vieja sociedad en trabajo de parto”.

Tales son, en sus líneas generales, las ideas del Marx emigrado a París, a Bruselas y a Londres, vale decir, del cuatrienio 1844-1848. En este último año salió el *Manifiesto*, pieza algo tardía para haber ejercido alguna influencia en el estallido y los desenvolvimientos de la primera revolución *européa* de la edad contemporánea. Y pasemos ahora al Marx “entrado en años”.

Este es el Marx del *Capital*, cuyo primer tomo, el único redactado por él completamente, salió en Londres en 1867 con el subtítulo: *Crítica de la economía Política*. Pues bien, en el subtítulo están el propósito y la esencia del trabajo, una crítica de la teoría económica en general y de la sociedad capitalista existente. “Decidido a que no se lo considerara como un *utopista*, Marx dejaba de escribir sobre el socialismo. Y una crítica del capitalismo no es un plan para una futura sociedad, como hubo de comprobar Lenin, consternado, después de la conquista del poder”¹⁰.

Sin embargo, pese a esta “preocupación capitalista”, el socialismo está presente constantemente en el libro, pero entre líneas. Con esta obra, Marx busca un consuelo, para así decirlo, “científico”, para sus esperanzas revolucionarias frustradas de los años 50. Puesto que las barricadas no habían logrado derribar la sociedad capitalista, ésta contenía los gérmenes de su propia destrucción, que la llevarían *fatalmente* a un “final catastrófico”, porque estaba condenada a “quedar pulverizada en un estallido”¹¹. Este será el efecto, inevitable por supuesto, de lo que, en su conclusión, Marx llama “ley general absoluta de la acumulación capitalista”.

Aquí, pues, al “meditabundo pensador” alemán, al hijo de las Luces, al saqueador de los utopistas, al discípulo involuntario de los Doctrinarios, al admirador de los economistas y de los tradeunionistas ingleses, se une por fin el profeta hebreo que denuncia al capital porque vino al mundo como producto monstruoso del pecado original, “con una mancha de sangre congénita en la mejilla, goteando sangre y barro por cada poro, de la cabeza a los pies”, destinado a perecer de una manera tan sangrienta como cuando nació, en un apocalipsis espantoso. Pues, “al mismo tiempo que disminuye constantemente el número de los magnates del capital, aumentará la miseria, la opresión, la esclavitud, la degeneración y la explotación, así como la indignación, de las clases trabajadoras. El monopolio capitalista se convierte en la cadena que subyuga al sistema de producción”. Pues, “en la medida en que se acumula el capital, empeora la situación del obrero. La ley impone a la acumulación de capital una acumulación correspondiente de miseria. Por lo tanto, la acumulación de capital en un polo es, al mismo tiempo, la acumulación de miseria, la tortura del trabajador, la esclavitud, la ignorancia, la brutalidad y la degeneración moral, en el polo opuesto”¹².

Lástima grande, en verdad, que nada de ello se haya producido, salvo en so-

10. B. D. Wolfe: “*Das Kapital*”... cfr. nota 2.

11. *El Capital*, introducción al primer tomo.

12. *Idem*.

ciudades prevalentemente agrarias como Rusia y China, en las que la “acumulación de capital” estaba aún por operarse, o en sociedades industriales de impacto marginal, como Checoslovaquia y Alemania Oriental, que pasaron al socialismo por la fuerza de “la crítica de las armas”, no a consecuencia de la “ley” de marras. Lástima grande también que, en las otras sociedades industriales, las de Europa occidental y de Estados Unidos, el “coloso dormido” no se haya despertado más que para obtener su parte de esta acumulación, negándose a dejarse “pauperizar” más, para tornarse más apto a la lucha, por intermedio de sus representantes, socialistas o no y, caso singular, no pocas veces, conservadores, contra la maldición del profeta, de modo de llegar a ser “algo” en un mundo concreto y rehusándose a serlo “todo” en el mundo problemático de pasado mañana. Lástima grande, finalmente, que dicho profeta no aceptara tener presente una circunstancia que muchos de sus contemporáneos habían entendido claramente, esto es, que el capitalismo al que “criticaba” estaba a punto de desaparecer, aun cuando el objeto de su “crítica” fuera el capitalismo más avanzado y en plena transformación, aun conceptual, el capitalismo inglés que, al salir el primer tomo del *Capital*, estaba colocándose, sin ayuda de nadie, sin ruido ni estertores y lejos de todo final apocalíptico, en su propia mortaja tejida con sus propias manos. Esta es la razón por la que el Marx “entrado en años” y, quizá, en razón, no se preocupó ya por redactar y publicar los tomos siguientes de su *opus magnum*.

A los cien años de la publicación de ese primer tomo, la “ley de acumulación” no se había producido, cuando menos en las condiciones catastróficas profetizadas por el autor, las masas trabajadoras de las sociedades industriales, salvo en la Unión Soviética y otros lugares sagrados del marxismo, no se habían “pauperizado”, sus modos de vida se confundían, a consecuencia de un movimiento ascendente ininterrumpido, con los de la pequeña y aun de la mediana burguesía y, lejos de descender hasta estiajes de miseria y de degeneración, sus salarios habían crecido de modo constante.

Ahora bien, este tema del salario es aquel en que Marx no insiste, *et pour cause*, en esas sus supremas profecías sin convicción. Podía comprobar, en efecto, que, mientras las redactaba, el salario del obrero inglés, francés, alemán, subía año tras año. Dejó, pues, el desarrollo “científico” de dicho tema para una oportunidad ulterior, esperando “entrar un poco más en años”. Esperó tanto, en verdad, que se mudó a su última morada de Highgate, antes de habérselo siquiera planteado. Coincidencia llamativa, en la Unión Soviética, el tema de los salarios es un tema tabú. Triunfos en la estratosfera y en la ionosfera, próxima llegada a la luna, ejércitos convencionales y nucleares altamente eficaces y poderosos, todo esto, y algunas cosas más, lo hay a granel en la República Proletaria: sueldos elevadísimos para los miembros de la Nueva Clase, para los mariscales y los generales, para los científicos, los técnicos y los gerentes industriales, para los artistas y escritores que aceptan prostituirse con eso que se llama “realismo socialista”. Y también hay mercado negro, contrabando y saqueo, como jamás los hubo en los peores años de la ocupación alemana en Francia y en Bélgica. Pero lo que sobre todo hay es una realidad, que Marx describió con visión realmente profética, aun cuando apuntara a un blanco equivocado: hay un inmenso *Lumpenproletariat* —el de los alegres “Sábados Comunistas”, justamente—, cuyas huestes cubren el campo y la fábrica, decenas y decenas de millones de hombres y de mujeres tan mal remunera-

dos que comen por debajo de su hambre, y de lo que logran encontrar que es de pésima calidad, que no pueden comprarse más que un traje miserable cada tres o cuatro años, un traje que se rompe apenas puesto y que hay que zurcir todos los días, y cuyos zapatos, algún nombre hay que darles, se abren a la primera lluvia. Pero todo eso se compensa si pensamos en la vida que llevan los miembros del Comité Central y del aparato y, con ellos, sus familiares y clientes. Ellos tienen sueldos bastante buenos, y aun muy buenos, que les permiten surtirse en el odiado mundo del “capitalismo en descomposición”. Pues, como decía el chanchito Napoleón de la inmortal *Rebelión en la granja* de Orwell: “Todos somos iguales por supuesto, pero, eso sí, algunos somos más iguales que otros”.

Y, para terminar con el profeta “entrado en años”, con el único profeta que cuenta porque nunca se equivoca y, hoy como hace cien años, sigue marcando rumbos para la humanidad progresista¹³, hablemos de la “descomposición” o “extinción” del Estado. Pues bien, este Estado, el Estado soviético, hubiera debido de “extinguirse” hace muchos años. Lenin lo había prometido en *El Estado y la revolución*, escrito por él en las semanas anteriores al golpe de Octubre, en la vena Comuna de París-Conspiración de los Iguales. Al cabo de un tiempo, si me atrevo a decir, razonable, de ejercicio de la dictadura del proletariado, pongamos, entre 1928 y 1930, tenía que estar en las condiciones vaticinadas para este acto de autodisolución. Lo había planeado todo, lo dominaba todo y lo dominaba a todos, la propiedad privada había desaparecido y, con ella, el capitalismo y su pecado original que lo hacía “gotear sangre y barro por cada poro”, las “clases enemigas” se habían diluido en el matadero o el exilio. Todos ya eran proletarios y su relación, de política se había vuelto económica, la “administración de las cosas” la substituía a la “política de los hombres”. Sí, en verdad, 1928 era el año adecuado. El año anterior, el ciudadano Stalin había aplastado los remanentes de la “oposición de izquierdas”, deportado a Trotskiy y dado término drásticamente a la Nueva Política Económica, esa “restauración del capitalismo en medida considerable” como la había definido Lenin en 1921 al tener que adoptarla para reducir la presión que, del país, había invadido el Partido. En 1928, pues, como Marx había prescrito, la “anarquía del mercado libre” había sido totalmente abolida. No obstante lo cual, el Estado proletario soviético —que no es soviético ni, por supuesto, proletario, sino solamente Estado y nada fuera de esto— es el más totalitario que haya aparecido en la faz de la tierra. Los nietos de los girovagos trabajadores reclutados por el Conde Witte son ahora miembros de número, inexorablemente, de aquel *Lumpenproletariat* tan goyescamente pintado, con tintas de sangre, de lágrimas y de barro, por Marx “entrado en años”. Este es el “coloso dormido” que está despertándose. Y bien lo saben los “humanistas” del marxismo-leninismo, los doctrinarios de la nueva burguesía triunfante en la URSS, los cuales al celebrar pomposamente el cientoquincuagésimo aniversario del nacimiento del Profeta habrán tenido algunas oportunidades para meditar —como las tienen aumentadas en el momento del centenario

13. Esto, por lo menos, es lo que afirmaba el “ideólogo” Mijaíl Suslov al celebrar el 150 aniversario del nacimiento del Profeta ante una platea de 6.000 delegados —gastos de viaje y de estadía pagos— del PC de la URSS, reunidos en Moscú para la magna recurrencia. Lo afirmó, por lo demás, insultando a los chinos, a los rumanos, a los albaneses, a los checos y a los... norteamericanos. Esta plática amistosa tuvo lugar el 5 de mayo de 1968 en el Palacio de los Congresos del Kremlin.

de Lenin— ante el mar de fondo que encrespa la superficie del campo del socialismo, Unión Soviética incluida, esta breve e incisiva sentencia salida de la pluma de Marx: “El proletariado no puede mejorar su suerte sin recurrir a la revolución”.

Y ahora, tras haber celebrado el primer centenario de la publicación del primer, y último, tomo del *Capital*, podemos cumplir la misma operación con respecto a Lenin al cumplirse los cien años de su aparición en la ciudad de Simbirsk, sobre el río Volga. Ocupémonos, pues, de la persona y de las obras del “noble de nacimiento” y licenciado en jurisprudencia Vladimir Ilich Uliánov (a.) Lenin, cuyos orígenes y desenvolvimientos Joseph de Maistre había presentado cuando, en una de sus cartas desde San Petersburgo a su Señor el rey de Cerdeña, escrita durante la invasión napoleónica, vaticinaba la aparición en la tierra rusa de un “Pugachov de universidad”, que arrinconaría en el desván de los recuerdos angelicales las hazañas espeluznantes de ese émulo benemérito de Iván Bolótnikov y del ladrón de Túshino.

2

Todos los biógrafos de Lenin, todos los historiadores de la Rusia contemporánea —los admiradores, los enemigos y aun los que se esfuerzan por situarse en un imposible justo medio de objetividad— subrayan unánimemente su desinterés personal, sus modos de vida, por así decir, puritanos, la sencillez de su existencia incluso después de la conquista del poder. Aun cuando este último capítulo, a los cuarenta y seis años de su desaparición, permanezca herméticamente cerrado en razón de la norma por la que “los dirigentes soviéticos” —y ellos sabrán por qué— “no tienen vida privada”, todo lo anterior es exacto. Lenin era desinteresado, pero de modo singular. Quiero decir que, en efecto, esta noble actitud ante los placeres de este mundo se relaciona exclusivamente con los aspectos exteriores, digamos, físicos, de su existencia. Odiaba el lujo porque odiaba a los ricos, y porque el lujo se encuentra en la fuente misma del capitalismo. Nunca hizo la menor concesión al confort, cuando menos antes de la conquista del poder, pues el Kremlin donde pronto se instaló no es una choza desprovista de comodidades, y la *dacha* en la que transcurrió períodos de descanso cada vez más prolongados en Nizhniy Nóvgorod (ahora Gorkiy) en ningún caso puede considerarse como una tapera. Detestaba a los elegantes, porque detestaba a los nobles y a los capitalistas, que lo eran o pretendían serlo, y se irritaba por las pretensiones vestimentarias de Kámenev, vistiéndose por su parte con el mayor descuido. Supo arreglárselas para que ningún ruso dispusiese de comida suficiente —otra prerrogativa de las clases altas— pero él mismo se alimentaba del modo más somero, y lo sabían sus comilitones que nada más temían que una invitación a “saborear” uno de esos menajes inquietantes cuya elaboración formaba parte del arsenal secreto de la Krúpskaia. Pero, al mismo tiempo, estaba tan convencido de su propia superioridad intelectual, de su genio político, de su infalibilidad *de omni re scibili et quibusdam aliis* que, en sus *Apuntes filosóficos*, cuya redacción ha de situarse alrededor de 1906 ó 1907, podía permitirse fulminar el siguiente veredicto: “De cada cien bolcheviques, setenta son imbéciles, veintinueve pillos, y solamente uno es un verdadero socialista...”. Y, un poco más adelante: “Después de medio siglo, ni siquiera un solo marxista ha comprendido a Marx...”.

El sí lo había comprendido. Las líneas anteriores lo implican. Pero, esta vez también, de modo singular. Su actividad pre y postrevolucionaria demuestra que siempre se movió en la absoluta certeza de haber sido él el único en haber entendido cabalmente el mensaje del Profeta, y que, por consiguiente, nadie fuera de él estaba habilitado, ni lo estaría jamás, para interpretarlo legítimamente, razón por la cual lo que él sentenciaba al respecto se fijaba automáticamente para la eternidad. Su vida entera está constelada de estallidos furibundos contra quienquiera se permitiese disentir, cuando él había formulado su conclusión, aun tratándose de puntos secundarios realmente desprovistos de interés. Kámenev que, no sólo por motivos de elegancia, tuvo que sufrir algunos efectos de esta iracundia siempre dispuesta a expresarse en los términos más feroces ante la más nimia “provocación”, lo consideraba como “un loco peligroso, capaz de todo”. Apuntemos al pasar que Kámenev conocía la obra de Marx mucho mejor que Lenin.

Capaz de todo, lo era, efectivamente. Sus maniobras infames durante el Congreso del Partido Socialdemócrata Ruso de 1903, que llevaron, como él quería, a la ruptura de la agrupación en el ala “bolchevique” —la suya— y el ala “menchevique” de Martov y Axelrod, maniobras con las que hizo circular entre bastidores el infundio de que el segundo de esos sus dos “camaradas” era agente rentado de la *Ojra*, son conocidas de todos los historiadores. Nadie se atreve a negarlas, siquiera entre marxistas, por elevado que sea su grado de masificación dialéctica, probablemente porque, en esto, Lenin no hacía sino imitar al hombre de Tréveris, el cual había aplicado el mismo tratamiento a Bakúnin, siendo en 1903 la susodicha *Ojra* versión actualizada de la primitiva Tercera Sección de la policía imperial. La más ligera divergencia de opinión para con su punto de vista del momento se conformaba en su mente como herejía nefanda, que había que combatir y erradicar por todos los medios, con preferencia marcada por los más ruines y abyectos. Todo lo veía en términos de combate, de combate a muerte claro está, según las fórmulas exterminadoras establecidas por su tan admirado Clausewitz. Sostenía que cualquier discrepancia, cualquier vacilación en aceptar sus dictámenes sin discutirlos, era germen de escisión y que éste era un crimen que solamente podía purgarse con la muerte o, mientras ello no fuere posible —como lo será a partir de 1917—, por un ostracismo aderezado con los insultos más soeces. Así, en 1906, ante un tribunal de honor que lo había citado a comparecer para responder de difamaciones de que había hecho objeto a algunos compañeros de partido, admitió sin pestañear que ello era cierto y agregó con la más pasmosa serenidad que había pesado cuidadosamente sus términos de modo de hacerlos “odiosos, capaces de provocar el odio, la aversión y el desprecio, para desbaratar al adversario, en ningún caso para convencerlo; para destruirlo y borrarlo de la faz de la tierra, no para corregir sus errores”. Y concluía: “Siempre me comportaré de esta manera cada vez que surja una escisión” (...) “Siempre llevaré a cabo una guerra de exterminio...”.

Que fuera capaz de hacerlo, y en escala industrial por añadidura, los rusos pudieron comprobarlo a partir del radioso 25 de Octubre.

Haciendo trizas toda regla moral, se constituyó, por decisión de su infalibilidad soberana, una moral nueva, y la impuso al aparato de modo tan insoslayable que todavía lo aplasta al casi medio siglo de su muerte. Esta moral, la “moral proletaria”,

le permitió utilizar al revolucionario profesional Víctor Taratuta —que completaba sus entradas explotando a las mujeres— en la tarea de seducir a una muchacha para que le extorsionara, en beneficio del partido *bien entendido*, la fortuna heredada de su padre, un rico mercader a tal punto mentecato que, no satisfecho con entusiasmarse con el pensamiento vivo de Lenin, le había prometido dejar su fortuna a la causa, pero se había olvidado de hacer testamento. En nombre de esa misma moral proletaria, no vacilaba en hacer denunciar a la policía imperial a sus “enemigos” socialrevolucionarios y aun mencheviques, para “exterminarlos” como “secesionistas” y, para llevar a cabo esa reluciente función, se valía, entre tantos otros, de un “magnífico muchacho georgiano”, Josef Vissarionovich Dzhughashvili, (a.) Stalin¹⁴. Siempre en aras de esa particularísima concepción ética de la relación humana —que, una vez instalado en el poder supremo, definirá del modo siguiente: “Nuestra moral se halla completamente supeditada a los intereses de la lucha de clase del proletariado” (...) “Nosotros no creemos en la moral eterna y denunciaremos la mentira de todos esos cuentos sobre la moral”¹⁵—, no vació en recibir cantidades abultadas de dinero de los servicios secretos alemanes con los que sus “correligionarios” Jacob Furstenberg, (a.) Ganetski, que hacía excelentes negocios en Estocolmo en la honorable actividad de comerciante mayorista de artículos anticonceptivos, y Parvus-Halphand, que había adquirido una fortuna considerable en Alemania gracias a su talento financiero, lo habían puesto en contacto después de la revolución de 1905. Dinero utilizado —¿quién lo niega?— para el triunfo de la causa y que, en efecto, permitió a la capilla bolchevique cubrir sus gastos dentro y fuera de Rusia de 1906 a 1917 —incluso después del retorno de Lenin a lo que, solamente con exagerado humor negro podríamos llamar su “madre patria”—, y cumplir a las mil maravillas la tarea de sabotaje del esfuerzo de guerra de su país y de descomposición de sus estructuras civiles y militares por sistemas milimetrados de corrupción y de propaganda a los que nunca faltaron medios financieros copiosos, conforme a los planteamientos tan sólo en apariencia contrastantes del general Ludendorff, del superplutócrata Walter Rathenau, por una parte, y de los más conspicuos dirigentes de la alta banca internacional actuantes en el bando de la Entente¹⁶.

14. El cual “magnífico muchacho” debió a su condición de confidente policial el no haber acabado en la horca por su participación descolante en el asalto con bomba al Banco de Tiflis, que hizo más de cien víctimas entre gendarmes (de la escolta y transeúntes. Como se sabe, Stalin fue deportado cinco veces a Siberia. Las cuatro primeras escapó con extraña facilidad y volvió tranquilamente a sus lugares habituales de esparcimiento pitagórico y policíaco. La quinta deportación tuvo lugar en vísperas del primer conflicto mundial. Esta vez, Stalin permaneció cautamente en Siberia por cuanto, de haber sido aprehendido nuevamente, eventualidad nada improbable en razón de la “espionitis” que afecta a todo país en guerra, la justicia militar —y no la Ojraná, supeditada al ejército al terminar el estado de paz— lo hubieran enviado a una unidad disciplinaria combatiente... De esta suerte, cuando los biógrafos de Stalin hablan del “coraje indomable” del que hacía constante gala, y ponen a su activo, como para ilustrarlo mejor, esas cuatro evasiones, o no saben de qué hablan, o le toman el pelo al lector. Stalin era valiente, pero con protección policial, antes y después de la revolución, vale decir, valiente pero no temerario...

15. Alocución a la Unión de los Jóvenes Comunistas, pronunciada el 2 de octubre de 1920. No es inverosímil que los entonces “jóvenes” comunistas N. S. Jrushchov, Brezhnev, Kossiguin, Suslov, etc., hayan figurado en el número de los oyentes, y hayan adoptado esos singulares modos de pensar que les permiten apuñalarse mutuamente por la espalda y violar las normas más admitidas de la moral privada y pública. La exoneración del primero de esos “jóvenes” por los otros, el reciente golpe de Praga, se sitúan de cuerpo entero en esa línea ética leniniana.

16. Todo ello está fehacientemente documentado. Puede consultarse al respecto, los exhaustivos trabajos siguientes publicados después de la segunda guerra mundial a consecuencia del descubrimiento

Lenin era, pues, a su “modesto entender”, el único marxista ortodoxo posible. Marxista ortodoxo sí, pero a su manera, que era pedante, unilateral y fanática. El suyo era, quiero decir, es, un marxismo que se desplaza con un aparato impresionante de citas y de referencias, con las que lapida a sus “enemigos”, con una mala fe intelectual nunca desmentida, a prueba de balas. “Constantemente llich consultaba a Marx”, escribe Nadiczhda Krúpskaia, su compañera-esclava, tan devota como poco agraciada¹⁷. Pero esa sed inapagable de retorno a las fuentes del magisterio profético, tan sólo podía satisfacerse momentáneamente, con la cita que buscaba apriorísticamente para su “guerra de exterminio”. Cuando por fin la encontraba, la usaba como arma capaz de matar, pero cuando algo en dicho magisterio se oponía, o no cuadraba exactamente con su “tesis” del momento, lo dejaba de lado y lo eliminaba de su mente.

No olvidemos que, en la base de su marxismo pretendidamente ortodoxo, se situaba de modo incommovible —y lo proclamó él mismo en repetidas oportunidades— una relación nunca interrumpida con el jacobinismo robespierrista,

por los Aliados de los archivos de los servicios secretos alemanes: A. Moorehead: *The Origins of Russian Revolution*, Londres, 1951; George Katkov: *German Foreign Office Documents on Financial Support to the Bolsheviks in 1917*, Londres, 1956; Werner Halbweg: *Lenins Rückkehr nach Russland*, Leyden, 1957; Z. A. B. Zeman: *Germany and the Revolution in Russia 1915 - 1918*, Londres, 1958; etc...

Este misterio, que ya no lo es, permaneció cuidadosamente archivado por casi treinta años en el secreto de las secciones especiales de la Wilhelmstrasse y del OKW. Como se comprenderá, no puedo, en este lugar, dar más que referencias rápidas de modo marginal solamente. En sus *Kriegs Erinnerungen*, Ludendorff indica lo siguiente: “Al enviar a Lenin a Rusia, nuestro gobierno asumió sobre sí una grave responsabilidad. El viaje estaba justificado desde el punto de vista militar: era indispensable que Rusia se derrumbara”. Obviamente, el Cuartel Maestre General del ejército imperial lo ignoraba todo entonces de los designios del ciudadano Uliánov, y lo mismo sucedía con Guillermo II que avaló la operación, pero no de seguro con Walter Rathenau que, en aquel entonces, actuaba cual una especie de dictador del esfuerzo civil de la Alemania en guerra, mas no había roto ninguna de sus conexiones financieras en el plano internacional. En cuanto a los hechos “en metálico” propiamente dichos, he aquí el texto de una comunicación enviada por la Reichsbank a los representantes de los bancos alemanes en Suecia, con fecha 2 de marzo de 1917, esto es, anteriormente a la salida de Suiza de Lenin y de sus compañeros (orden Nº 2754): “Por la presente, se notifica que los pedidos de dinero destinados a la propaganda pacifista en Rusia provendrán de las personas siguientes: Lenin, Zinóviev, Kámenev, Trotskiy, Sobelsohn (Badek), Koslovskiy, Kollontai, para los que, conforme a nuestra instrucción n. 2754, se ha abierto cuentas en las agencias de los bancos privados alemanes de Suecia, Noruega y Suiza. Todos los pedidos deberán llevar estas firmas: Dirshau o Milkenberg. Acompañado por una de estas firmas todo pedido que emane de una de las personas más arriba mencionada, deberá aceptarse sin demora”. El 3 de diciembre de 1917 —varias semanas después del golpe bolchevique— el Secretario de Asuntos Extranjeros von Kühlmann subrayaba en un memorándum al emperador que los bolcheviques “han recibido de nosotros un aporte ininterrumpido de fondos por vías diversas y bajo designaciones variadas” (doc. n. 94). El mismo Mólotov sacó fondos de los “servicios especiales” alemanes para la financiación de la prensa del partido, singularmente Pravda, como aparece en un estudio de I. S. Sazónov, publicado en el n. 5 del año 1955 de la revista *Istóricheskiy Arjiv*, por el cual fue echado de su cátedra, de la Academia y del PC. Sin embargo, este secreto, aunque los gobiernos alemán y soviético hicieran lo indecible para resguardarlo, no tardó en trasuntor y fue causa de graves trastornos en el partido socialdemócrata alemán. En 1923, Eduardo Bernstein, el teórico más eminente de la agrupación, que, antes de la guerra, había dado el envío al movimiento reformista del marxismo, oaracterístico de la Segunda Internacional, publicó un artículo acerca de esas relaciones de Lenin con el alto mando del ejército imperial. Inmediatamente convocado por Ebert, presidente socialdemócrata de la República Alemana, se encontró ante una especie de tribunal compuesto por los ministros igualmente socialdemócratas, por el general von Seeckt, jefe de la Reichswehr y por varios generales. El cual presidente marxista lo previno solemnemente que sería acusado de alta traición y condenado en consecuencia, de atravesar a publicar una línea más sobre la cuestión. Bernstein, que no buscaba el martirio y que detestaba la violencia tanto a sus expensas como a las de los demás, entendió la antífona y nunca más aludió a este tópico demasiado candente.

17. En: *Souvenirs de ma vie avec Lénine*, París, 1923 (trad. del ruso). Si bien los comunistas no se refieren a la Krúpskaia sino como a la “compañera” de Lenin, estaba casada con él, y por matrimonio religioso por añadidura.

con el babuvismo, con la tradición, a la par terrorística e iniciática de los Blanqui, de los Buonarroti, y del viejo populismo anárquico de Bakúnin, de Necháiev, de Pisárev, de Tkachiov. Estos dos últimos, miembros —¿es necesario apuntarlo?— de excelentes familias, habían sostenido la necesidad de que los revolucionarios, para afirmar su dominio sobre la sociedad tras la conquista sorpresiva del poder, procedieran a la eliminación física inmediata de todos los rusos de más de veinticinco años de edad —corrompidos y, por ende, “irrecuperables”, en razón de su educación “clerical y feudal”— y de la reclusión de los sobrevivientes en campamentos de trabajos forzados. Indicación ésta que Lenin sabrá recoger y que Stalin, su continuador servil —como lo será también de Trotskiy en ese interesante terreno— no hará más que “racionalizar” a partir de 1927.

Cuando un dirigente de la Internacional, fuera inglés, alemán, americano o francés, se refería al tema de la “lucha de clases” —el caso de un Ramsay MacDonald, de un Eduardo Bernstein, de un Jean Jaurès lo demuestra sin duda posible—, no hacía sino emplear una imagen o, por así decirlo, una cláusula de estilo por cuanto la idea que se hacía de esta lucha se centraba en la educación de la clase obrera con vistas a llevarla ordenadamente al sufragio para que, conquistada por fin la mayoría electoral, impusiera por vía parlamentaria una legislación acabada de seguridad social y procediera a la nacionalización legal de los bancos y de las grandes industrias. Es innegable que Marx y el mismo Engels, en los últimos años de su vida, pensaban que la fuerza no sería necesaria para realizar semejante cambio, o, cuando menos, que había que guardarla en reserva para utilizarla únicamente en el caso de que una minoría capitalista dirigente, negándose a aceptar el veredicto de las urnas, intentase mantenerse en el poder mediante el recurso a la dictadura militar. Ahora bien, Lenin nunca habla de lucha de clases en este sentido, sino en el de “guerra de clases”, guerra de exterminio llevada a cabo permanentemente por la clase obrera contra el conjunto de la sociedad, y es evidente que, automáticamente, su forma mental lo induce a poner el acento, no en la palabra “clase”, sino en la palabra “guerra”. Una vez llegada al poder —lo dice explícitamente— la clase obrera, esto es, la central revolucionaria, esto es, él mismo, Lenin, haría su guerra para el bien de la Humanidad, lo que significa que una porción a determinar de esa misma humanidad debería de ser tratada conforme a las “leyes de la guerra”, vale decir, eliminada, puesto que, aquí, sólo puede tratarse de guerra total. Con lo cual, Lenin se colocaba en la línea trazada por Robespierre, Saint-Just y Marat cada vez que subrayaban la necesidad de eliminar a los “aristócratas”, a los “agentes de Pitt y Coburgo” y otros “enemigos del pueblo”, línea que Oliverio Cromwell había abierto al hacer pasar a cuchillo a los irlandeses católicos, “enemigos de la verdadera religión”. De tal suerte, podía escribir, un año antes de la conquista del poder: “La dictadura (del proletariado) es el poder de un sector de la sociedad sobre toda la sociedad y, además, un poder fundado directamente en la fuerza”. Y, en 1920, al celebrar el tercer aniversario del golpe de Octubre: “El concepto científico de dictadura significa, ni más ni menos, que el poder ilimitado se basa directamente en la fuerza, que nada lo limita, que no es restringido por ninguna ley ni regla absoluta. Esto y nada más que esto”.

Si ésta no es una definición perfecta del totalitarismo, pido que los especialistas en “politicología” se pongan por fin de acuerdo para proporcionarnos los elementos capaces de ayudarnos a encontrar otra más clara. Mientras tanto, seguiremos considerando como válida la del ciudadano Uliánov. Con una fórmula como la suya, se justifican todos los movimientos contra las fuerzas o valores que tienden a limitar el ejercicio de este tipo de dictadura: las normas de la religión y de la moral, el legado de la tradición y de las instituciones nacionales, cualquier legislación, usual o codificada, penal, civil o laboral, sin excluir, claro está, la legislación edictada por el dictador, cada vez que le resulta cómodo cambiarla, ni las leyes mismas de la naturaleza. Pues aquello de que se trata aquí es precisamente esto: constreñir al hombre a cambiar de naturaleza. Un “hombre nuevo”, esto es lo que Lenin y Stalin pretendían conseguir, y esto es lo que Brezhnev, Suslov y demás socios en “humanismo marxista-leninista” pretenden haber conseguido, como sostienen las tesis del Comité Central del PC de la URSS sobre el quincuagésimo aniversario de la Revolución de Octubre, publicadas en *Pravda* del 25 de junio de 1967. Aun antes de que existiera un partido bolchevique y, por ende, un Comité Central, Lenin definía al estado mayor revolucionario “profesional” que quería amaestrar y que, en efecto, logró constituir como elemento ciego de su voluntad inextinguible de guerra de clase, a partir de la escisión de 1903: “a kulak”, un puño.

Por lo cual desconfiaba más que de la peste, de la “espontaneidad revolucionaria de las masas”, con la que tanto contaba Rosa Luxemburgo, y a la que, por su parte, definía como “halago demagógico a la clase obrera”, o “expresión servil del sindicalismo burgués”. Como nota con agudeza un excelente conocedor de la cuestión: “... a su desconfianza hacia la Corte y la nobleza, natural en un revolucionario; a su desconfianza hacia la burguesía y los liberales, tal vez comprensible en un socialista; a su desconfianza también hacia los campesinos a causa de su instinto de propiedad por el hecho de querer poseer la tierra que trabajaban; Lenin, único entre los socialistas, añadía una desconfianza expresada de manera clara respecto a la clase obrera e incluso hacia la base y los órganos locales de su propio partido”¹⁸.

Escribía, en efecto, un poco antes de la revolución de 1905: “Los obreros no pueden tener conciencia socialdemocrática. Esta sólo puede venirles desde afuera. Entregada a sus únicas fuerzas, la clase obrera puede alcanzar tan sólo una conciencia tradeunionista, vale decir, una simple preocupación por mejores salarios y condiciones de trabajo, la preocupación *pequeño-burguesa* por el precio de mercado de su trabajo bajo el capitalismo” (...). “El desarrollo *espontáneo* del movimiento obrero conduce justamente a subordinarlo a la ideología burguesa. A la cuestión de saber qué hacer para aportar a los obreros los conocimientos políticos necesarios, no se puede responder simplemente que hay que *ir al pueblo*. Los socialdemócratas deben de ir a todas las clases de la población, deben de enviar en todas las direcciones los destacamentos de su ejército, dirigir todas las manifestaciones de esta lucha que presenta múltiples aspectos, sabiendo en el

18. B. D. Wolfe: *Lenin, arquitecto del totalitarismo del siglo XX*, en revista “Est & Ouest”, de París, febrero de 1968 (utilizo la versión castellana, que se publica en Caracas, Venezuela).

momento útil *dictar un programa de acción positiva*, tanto a los estudiantes en plena agitación, como a los miembros descontentos de los *Zemstva*, a los miembros indignados de las sectas, a los maestros perjudicados, etc., etc.”¹⁹.

Por consiguiente, el “partido socialdemócrata ruso” —léase: el partido bolchevique, único habilitado para hablar en nombre de Marx, puesto que Lenin lo había fundado— debía de conformarse, no como partido de “todo el proletariado”, sino como “vanguardia” del mismo, y tenía que ejercer su dictadura, la de Lenin, no sólo sobre la burguesía, sino, fundamentalmente, sobre el conjunto de la población, dictando a cada clase su quehacer estrictamente reglamentado hasta el detalle más intrascendente, aparentemente, en las nociones que un socialista podía haberse formado en el comienzo del siglo —época de mayor auge de la Segunda Internacional, masivamente reformista— acerca de las posibilidades más o menos remotas de cambios sociales bruscos. Digo bien “aparentemente”, porque cuando, en esos años justamente, Lenin decía a Viera Zassulich que, una vez instalada la dictadura, triunfante por haber alentado al campesinado “con toda clase de ventajas”, pero “sin ceder un comino de nuestro programa máximo” —la nacionalización de la tierra—, habría que emplear la fuerza “para ponerlo en vereda sin gastar más palabras”; y la cofundadora del Partido Socialdemócrata Ruso, que no era mujer fácil de espantar²⁰, exclamaba: “¿Contra millones de seres? ¡Inténtelo un poco!”; el joven abogado se ruptura de bufete se contentó con sonreírse socarronamente. La Zassulich no vivió bastante tiempo para comprobar qué era capaz de “intentar” en este terreno su interlocutor. No así millones de campesinos que, ellos sí, lo comprobaron con creces en carne propia. Para terminar con este asunto de la “espontaneidad revolucionaria de las masas”, indiquemos que el jacobinismo leniniano, en esta materia, podía recostarse también en un cierto Marx, el de los comienzos revolucionarios, vale decir, de la segunda etapa, el Marx “no ya joven”, en suma, mas no todavía “entrado en años”, el cual había escrito en 1844: “No se trata de saber si este o aquel proletario o incluso todo el proletariado *imagina* cuál es su objetivo en un momento dado. Se trata de saber *cuál es este objetivo* y qué es lo que estará obligado a hacer históricamente, de conformidad con esta *situación*”. La historia de las revoluciones nos muestra que, de la necesidad *histórica* a la necesidad física, existe tan sólo un camino breve, fácil de transitar una vez conquistado el poder. Este paso es la dictadura de la central sustentada en una eficiente policía política, en una “correcta” organización del terrorismo de Estado.

Pues bien, hasta 1914, “el único que hubiese entendido a Marx” estaba prácticamente solo. Ningún dirigente socialista, ningún militante compartía sus ideas y, cuando estalló el primer conflicto mundial, todos le habían dado la espalda. Todos, salvo un número reducido de individuos dispuestos a cualquier menester, por envilecedor que fuese, con tal de vivir a la espera de poder explayar algún día su paranoia destructora. A estos escasos compañeros suyos, que ni habían leído a Marx, ni lo leerían jamás, porque eran incapaces de entenderlo, pero que reco-

19. En: *Quiénes son los verdaderos amigos del pueblo* (he utilizado la cuarta edición de las obras completas).

20. A los diez y ocho años, en 1878, había apuñalado al general de gendarmería Trepov, gobernador militar de San Petersburgo.

gían sus vaticinios de saqueo y de subversión como un maná que les permitía entrever, en un sueño de odio, las fronteras de la tierra prometida, Lenin los llamaba “revolucionarios profesionales” o, cuando estaba de buen humor —un humor negro, por supuesto, el único que haya practicado alguna vez—, “mis duros”, o mis “baterías de la revolución”. Ellos querían matar y sabían hacerlo, asaltaban bancos y estafetas postales, fabricaban moneda falsificada y se preparaban para el día “D”. Pero estaban completamente aislados del contexto socialista europeo y ruso. ¿Cómo lograron triunfar? ¿Cuál fue el factor creado por circunstancias en las que no habían podido influir en razón del aislamiento total en que habían caído, así ante el socialismo propiamente ruso como ante todos los niveles de la Segunda Internacional, que permitió a esos remanentes de presidio aduenarse del poder y conservarlo durante tanto tiempo?

Al término de cien años de paz —o, más exactamente, de guerras, si me atrevo a decir en esta época de delirante desarme mental, “humanizadas”—, cien años que fueron como un retorno, no por cierto a las instituciones tradicionales, irremediadamente destrozadas por la Revolución y el Imperio, pero sí al legado moral del Antiguo Régimen, pausa casi increíble después de las matanzas ininterrumpidas, de las iniquidades y de las abominaciones del jacobinismo sanculota y coronado; el 1 de agosto de 1914, se abrió aquel ciclo de cincuenta y dos meses terribles durante el que, en el barro de las trincheras y la sangre derramada sin remordimiento por políticos incapaces y generales de inteligencia pétrea —“*Je les grignote*”, decía Joffre, hablando, bondad suya, del enemigo, pero olvidándose serenamente de sus propios soldados— los hombres aprendieron a matar y a odiar, a sufrir y a hacer sufrir, y acabaron por encontrarlo natural. En esta macabra danza de los condenados, todos los medios eran tenidos por buenos con tal de que sirvieran para poner fuera de combate, despedazar y mutilar al mayor número posible de seres, sin distinción de edad y de sexo: gases tóxicos, hambre generalizada, deportaciones, puesto que las hubo ya en aquel entonces, envenenamiento de fuentes y de ríos, destrucción de cosechas y de ganado, requisición forzosa de trabajadores, todo servía para multiplicar la muerte y la excreción. Los estados mayores eran oficinas, no sólo para planear carnicerías en masa en el campo adverso, sino también sin tener en cuenta las propias pérdidas. Hombres como Joffre, Douglas Haig, el Gran Duque Nicolás, Cadorna, en el bando de la *Entente*, como Ludendorff, Conrad von Hoetzendorff, en el de los Imperios Centrales, tienen fuertes probabilidades de quedar en la historia —cuando se la escriba desapasionadamente, en el caso de que ello sea posible algún día— como proveedores más celosos de cementerios que el mismo Jan Kubilai. Pocos serán a los ojos de nuestros nietos, los que salven el honor del jefe de guerra, un Pétain y un Lyautey en Francia, un Mackensen y un Marx Hoffman en Alemania, un Gorkó y un Denikin en Rusia, un Víctor Amadeo de Saboya en Italia... y la cuenta se cierra con los dedos de la segunda mano. La violencia desenfundada como norma de vida acabó imponiéndose en el frente y en la retaguardia. A comienzos de 1917, la guerra era total, totalitaria ya, porque, en menos de tres años, había instilado su veneno en las almas como en los cuerpos. Por vez primera desde Waterloo, se

hablaba del enemigo, combatiente o no, mujer, anciano o niño, como de un ser despreciable cuyos sufrimientos eran motivo de gozo, ya que Dios no tenía entrada en los altos mandos, en los gabinetes ministeriales, en los parlamentos.

Pues bien, cuando la guerra asumió esta fisonomía, Lenin se sintió embargado por el entusiasmo, si sentimiento tan excesivo podía tener cabida en su alma estrecha de pedante de la revolución. Allí estaba finalmente en su elemento, no en el frente por supuesto, ni siquiera en la retaguardia de un país en guerra, sino en la bien resguardada atalaya de la Confederación Helvética, país neutral que le permitía recibir de Rusia los giros que seguía enviándole su familia, y los subsidios de los “servicios especiales” alemanes que, a medida que el conflicto se agravaba y se estancaba, se tornaban más abultados. Su tarea consistía en escribir folletos derrotistas que los agentes de Berlín y de Viena hacían llegar a Petrogrado. A la espera del gran momento, vivía sin atraer la atención en Zurich, con su Krúpskaia, su suegra, sus dos perros *setter* —los tiros solamente le gustaban en la caza— y un número variable, alcanzarían el máximo de treinta y cuatro, de sus “bacterias”. Día tras día, noche tras noche, con paciencia de insecto, recogía las señales del odio que se extendía sobre Europa como plomo en fusión y lo devolvía reducido químicamente a fórmulas que los “duros” y los alemanes sabían colocar en el momento justo, en los puntos estratégicos de la retaguardia rusa.

Raymond Aron ha escrito una vez que, “puesto que (éste) era un tiempo de horrores, la violencia podía tener al menos la paz como objetivo”²¹. Este es uno de esos juicios que, a Lenin, le causaban ataques de ira incontenible. Después de las conferencias de Zimmerwald y de Kienthal, su opinión no podía dejar lugar a dudas: puesto que ésta era una “guerra imperialista”, había que aprovecharla para tornar más inextinguible aún el odio de los hombres torturados, para que volcaran sus armas “contra sus propios generales”, como dice la canción, pero no para imponer la paz a los gobiernos, sino para transformar esa guerra burguesa en “guerra revolucionaria” de los pueblos contra todo orden existente. En los años ulteriores, nunca disimuló, cuando no se jactó por ello, que la guerra fue la gran oportunidad de su vida, por cuanto puso en sus manos la palanca que él supo utilizar para poner en evidencia la genialidad de su criterio sobre guerra de clases. La guerra imperialista mundial debía de tornarse guerra civil universal con mayores matanzas, mayores sufrimientos, mayores odios. Desgraciadamente para los rusos, y felizmente para los demás, las circunstancias, perversamente suscitadas por los “enemigos de la clase obrera”, no le permitieron aplicar esta diabólica programación más que a sus propios compatriotas. Contratiempo remediable por lo demás, puesto que, tras él, Stalin, Mao Tsé-tung, y algunos más, se encargaron, con vigilante dedicación a la causa, de extender el proyecto a la tercera parte del mundo con la colaboración, a ojos vista desinteresada, de dichos enemigos, a la espera de que sus herederos estén en condiciones de hacerlo con los dos tercios restantes.

Por de pronto, cuando volvió a Rusia —es obvio que la suerte del mundo hubiese sido distinta de haberse negado Ludendorff a hacerlo “vehicular” por

21. R. Aron: *Les guerres en chaîne*, Paris, 1956. Acerca de los orígenes, los desarrollos y, sobre todo, la agravación y la prolongación insensatas del conflicto, se leerá con sumo provecho la obra de H. Castex y A. André de La Far: *Les dessous de la guerre* 14-18, Paris, 1967.

sus servicios especiales o, simplemente, de haberle impedido el Gobierno Provisional pasar de Estocolmo a territorio ruso—, tuvo que poner violín en bolsa. En menos de dos meses de “Revolución de Febrero”, el caos se había extendido de modo tan irreprimible que el susodicho gobierno provisional del príncipe Lvov, presidente de la Asociación General de los *Zemstva*, del profesor Miliúkov, ideólogo del partido Constitucional Democrático, del ingeniero Tereshchenko, dueño del monopolio azucarero ucraniano, del abogado Kérenskiy, inspirador del grupo parlamentario de los *trudovniki* y del *soviet* de Petrogrado, que se había formado en el momento mismo del colapso de la dinastía, todos masones de alta cepa, ya no sabía donde dar con la cabeza sin rompérsela. La situación era infinitamente más fluida de lo que el ciudadano Uliánov se había imaginado antes de salir de Zurich. Tan fluida, en verdad, que sus mismos “duros” le hicieron entender en el andén de la estación de Finlandia que lo único que el pueblo ruso se encontraba en estado de reivindicar era dejar de trabajar, desmovilizarse, saquear los comercios y las tiendas, comer sin pagar y repartirse sin control de arriba la propiedad ajena, urbana y rural. A Lenin, nada podía sorprenderlo y siempre tenía una solución para cualquier eventualidad. De allí, sus famosas *Tesis de Abril*, con las que exigía del gobierno provisional —que se había comprometido a mantener a Rusia en la guerra contra los Imperios Centrales— la conclusión inmediata de las hostilidades, la distribución gratuita y permanente de alimentos a los obreros, que deberían encargarse de la gestión directa de las fábricas, y la entrega de la tierra a los campesinos. De tal suerte, la *Zassulich* empezó a intuir qué es lo que su “joven camarada” había querido decirle algunos años atrás.

En efecto, para situarse en la cresta de esta ola de anarquía, incontenible por el momento, Lenin tenía que tirar por la borda, provisionalmente como puede suponerse, su planteamiento, durante tres años pulido y perfeccionado, de “puesta en vereda” del pueblo ruso, y aprovechar las situaciones creadas por la “guerra imperialista” con vistas al desencadenamiento de la “guerra civil universal” de sus sueños. Por consiguiente, tenía que hacer concesiones *pro forma*. Digo bien: *pro forma*. Pues, concluía, visto que el gobierno provisional se revelaba incapaz de cumplir con esos tres objetivos “mínimos” de la clase trabajadora, el pueblo —es decir, los soldados en ruptura de cuartel, los obreros en jarana y los campesinos que se entretenían incendiando los castillos y a sus odiados moradores— era el único propietario legítimo del poder. Lo que expresaba con la fórmula: “Todo el poder a los *soviets*”. Esta fórmula merece analizarse.

Los *soviets* existían únicamente en algunas ciudades industriales y, por este solo hecho, la pretensión de que los campesinos participaran en sus asambleas sólo podía ser una maniobra tortuosa. Pues los que contaban eran tan sólo los soldados y los obreros, en los que Lenin veía la tropa de choque de su revolución. Una vez que ésta hubiese triunfado, a los campesinos “se los pondría en vereda sin gastar más palabras”, como había dicho a la casi finada enemiga del general Trepov, lo que quiere decir que, en el momento oportuno, se los sometería a operaciones que dicha tropa de choque llevaría a cabo conforme a las normas de odio entonces imperantes. Mientras tanto, había que encauzar a los obreros y a los soldados para que cumplieran su función revolucionaria y, por el momento, todo el esfuerzo debía de concentrarse en Petrogrado y, subsidiariamente, en Moscú. Como es lógico, no se

podía olvidar a los combatientes que aún se encontraban en línea frente a los alemanes, a los austrohúngaros y a los turcos. Como lo único que deseaban era volver a casa, así sentenciaba Lenin, los propagandistas los incitarían a desertar, a matar a los oficiales "reaccionarios" y a fraternizar con el enemigo, en cuyas filas se facilitaría la infiltración de los agitadores²². Que, mientras tanto, el *muzhik* ocupase la tierra y asesinasen a los *dvorianie*, miembros en gran parte de los partidos "burgueses" y, por consiguiente, sostenedores del régimen de Febrero, ésta era una labor de desbrozamiento que los "duros" no tendrían que llevar a cabo cuando llegase el tiempo de las rendiciones de cuentas. Esto es lo que sucedió, en efecto. Sin embargo, en el momento del retorno de Lenin, los *soviet*, el de Petrogrado sobre todo, estaban bajo el control de los mencheviques, de los socialrevolucionarios, de los laboristas y de los anarquistas, todos enemigos acérrimos de los bolcheviques y, por consiguiente, "objetivamente contrarrevolucionarios". Aquí es donde el dinero de la Reichsbank, del Grupo Westfalo-Renano y de la alta banca internacional adquiere toda su importancia. Distribuido sin escatimar en los cuarteles y en las fábricas, en las tabernas y en las casas de tolerancia, no tardó en cumplir auténticos milagros en el *soviet* de la capital. De golpe, fuertes sectores del partido menchevique y del partido social revolucionario se descubrieron una sólida vocación maximalista, lo que les permitió pactar con los bolcheviques, a los que habían estigmatizado como traidores hasta la víspera. Simultáneamente, el oro así generosamente repartido no tardó en volver simpáticos a esos muchachos que, como Trotskiy y Stalin, sabían empinar el codo como el bebedor más empedernido, prometían todo lo que se les pedía, luna incluida²³, siempre pagaban la cuenta y, antes de despedirse hasta el día siguiente, incitaban a sus nuevos amigos embozados por tan hermosos discursos y esas ingentes cantidades de vodka, a "recuperar lo que les pertenecía", esto es, la cartera de los burgueses, a saquear las panaderías y los almacenes, a violar sin temor y a destruir lo que no podían llevarse. Nunca como entonces se tiró tan gran cantidad de pianos por las ventanas, se destrozó tantas obras de arte, se incendió tantas casas simplemente porque eran hermosas, se redujo a pedazos tantos objetos del culto. De tal suerte, a los tres meses de una revolución que, según el inefable Thomas Woodrow Wilson, había permitido al noble pueblo ruso "darse por fin un Estado democrático después de tantos siglos de despotismo", los beodos, los truhanes suburbanos, los pillos y los tahures, los desertores y los delincuentes comunes —"liberados de sus injustas cadenas" por el gobierno provisional y cuyo primer acto soberano había consistido en el incendio de los archivos judiciales, como siempre sucede, *et pour cause*, cada vez que hay revolución desde el 14 de julio de 1789—, todos elevados de la noche a la mañana a la suprema dignidad de "pueblo consciente de sus derechos inmarcesibles", no escuchaban más que a los oradores bolcheviques y a sus "compañeros de camino", los cuales, en julio, controlaban firmemente ya el *soviet* de Petrogrado. La primera fi-

22. Esta parte del programa fracasó miserablemente, por cuanto el general Hoffman, comandante en jefe de los ejércitos germano - austriacos en el frente ruso, disponía de un excelente servicio de inteligencia. Los primeros infiltrados fueron capturados y ejecutados, y no se habló más del asunto hasta el 11 de noviembre de 1918.

23. En 1970, a ésta los soviéticos estarían a punto de conquistarla, pero no es la misma luna que pedían los amotinados de Petrogrado, cuyos hijos y nietos tienen que apretarse el cinturón para financiar los gastos de esta siempre inminente conquista.

gura de los días iniciales de gloria, el lastimoso Alejandro Kérenskiy, había sido desplazado por el brillante Lev Davidovich Bronstein (a.) Trotskiy, vuelto de Nueva York en los furgones del presidente Wilson, como Lenin había vuelto en los de S. M. Guillermo II. A Miliúkov, se lo había eliminado sin contemplaciones del ministerio de Asuntos Extranjeros, y el príncipe Lvov había tenido que ceder la presidencia del gobierno a Kérenskiy que, de esta suerte, se consolaba como podía por la pérdida de su prestigio ante el mundo obrero y disimulaba su miedo cerval tras actitudes dictatoriales con las que creía brindarse al pueblo ruso como un nuevo Alejandro. Los acontecimientos estaban precipitándose de modo vertiginoso.

En el mes de agosto, el general Kornílov, nombrado comandante en jefe por su "fe republicana", que lo había inducido a proceder personalmente al arresto de la Zarina y de sus hijas en el momento del colapso de la dinastía²⁴, había intentado restaurar el orden ofreciéndose a Kérenskiy para ayudarlo a establecer firmemente la autoridad del gobierno provisional. Pero, si bien republicano de fe probada mediante una mala acción, Kornílov, por el solo hecho de ser general pertenecía *volens nolens* a las huestes de la "reacción". De tal suerte, según el antiguo y muy estúpido adagio liberal de *pas d'ennemis à gauche*, Kérenskiy vio en el ofrecimiento una maniobra tortuosa para instaurar, a sus expensas, una dictadura militar de derechas, la cual, por lo demás, era aquello que Rusia necesitaba más que nada en las trágicas circunstancias por las que pasaba. Ahora bien, en el mes de julio anterior, había tenido que afrontar un primer levantamiento bolchevique que justamente Kornílov lo había ayudado a desbaratar. Trotskiy, Kámenev y Mólotov estaban en la cárcel, Stalin en la clandestinidad agazapado en uno de sus refugios habituales de los barrios bajos, y Lenin, que nunca fue amigo de los golpes, máxime cuando se repartían demasiado cerca de su persona, había huido a Finlandia, tras haberse afeitado la barba y disimulando su calvicie con una peluca rubia, lo que parece cuando menos estafalario en un individuo dotado de tez y de rasgos tártaros tan marcados. Pues bien, presa de un espanto incoercible ante los proyectos "antidemocráticos" del comandante en jefe, Kérenskiy lo hizo arrestar por sorpresa y, valiéndose del razonamiento genial de que los enemigos de su enemigo sólo podían ser sus amigos, liberó a los bolcheviques encarcelados e hizo distribuir armas a todos aquellos que Stalin y Trotskiy le enviaron, unos 50.000 individuos de la peor ralea reclutados en las madrigueras del bajo Petrogrado. Lenin volvió de su escondrijo, se quitó la peluca, dejó crecer su barba —ornamento sin el que, por lo visto, no puede haber revolucionario verdadero, como parecería demostrar la iconografía de las revoluciones de Karl Marx y Friedrich Engels a Fidel Castro y Ho Chi Minh²⁵—, prometió "solemnemente" que, en

24. Se había vuelto republicano porque, en 1916, Nicolás II, tras haberlo ascendido y condecorado por su evasión espectacular de una fortaleza austriaca, no lo había invitado a almorzar, como era habitual en semejantes casos. Olvidaba solamente que, ese día, el Césarevich Alejo estaba gravemente enfermo a consecuencia de uno de sus ataques recurrentes de hemofilia, circunstancia más que suficiente para excusar el descuido del soberano.

25. Se me dirá que, desde la muerte de Stalin, que solamente usaba unos mostachos impresionantes de gendarme, quizás en recuerdo de sus amistades policíacas juveniles, los dirigentes soviéticos, Jrushchov, Brezhnev, Kossiguin, Podgorniy, Suslov, etc., andan cuidadosamente afeitados. Ello es cierto pero ¿quién sostendría seriamente aún que los dirigentes soviéticos son realmente revolucionarios? Son tecnócratas de la revolución, la cual, para ellos, es asunto que se organiza por computadora y que otros llevan a cabo por control remoto que ellos manejan, lo que es bastante diferente.

adelante, sostendría indefectiblemente al gobierno provisional. Mas, en privado, dijo a Trotsky y a Kámenev: "Sostendremos a Kérenskiy como la cuerda sostiene al ahorcado". Y empezó a actuar en consecuencia.

En su folleto —los tenía siempre listos, por cajones enteros, para cubrir todas las eventualidades—, *La catástrofe que amenaza y cómo combatirla*, publicado en septiembre, proclamaba la necesidad de acompañar al gobierno para ayudarlo a hacer trizas a los conspiradores de derechas y otros "enemigos del pueblo", y pedía el encarcelamiento inmediato —no ya de Kornilov que estaba encerrado y del que exigía el fusilamiento somero—, sino de Miliúkov y de Rodzianko, los cuales, en el simple plano de la justicia inmanente, se lo hubieran merecido ampliamente. Al mismo tiempo, redactaba apresuradamente, con el acostumbrado aparato aplastante de citas y de referencias sacadas de los escritos del Profeta, un manual de la revolución práctica en el que exponía o, mejor dicho, edictaba, las razones que tornaban necesaria la destrucción total del orden existente, la eliminación del aparato estatal "burgués", gobierno provisional incluido, y la instauración, a través de la fórmula: "*Todo el poder a los soviets*", de la dictadura del proletariado —léase: del camarada Lenin— de modo de hacer posible el paso de Rusia al socialismo, condición previa para una rápida "extinción del Estado"²⁶. Las apuestas estaban sobre el tapete, la anarquía estaba por terminar.

Todo sucedió sin tropiezos en la madrugada del 25 de octubre/7 de noviembre. Kérenskiy, al que los bolcheviques no buscaron con mucho empeño, logró escaparse, y se refugió en el extranjero, en Inglaterra y en Francia primero, en Estados Unidos finalmente, país éste donde vivió hasta su muerte a los 89 años de edad, en mayo de 1970.

Mientras, de Petrogrado a Gachina, de Gachina a Smolensko, de Smolensko a la frontera, buscaba aunque más no fuere a un simple cosaco que aceptase escucharlo, su vencedor se instalaba en el Instituto Smolnii y, de inmediato, sin perder un instante más ni gastar paciencia en palabreríos inútiles, empezaba a poner en práctica sus ideas, a hacer funcionar su sistema. Fue entonces, como acota Bertram D. Wolfe, "en un Estado que *debería comenzar inmediatamente a extinguirse*, cuando su imaginación ya no conoció freno alguno"²⁷.

Cierto es que, fuera de Rusia, los frutos de esta imaginación —sádica sería su calificación más exacta— han ido perdiéndose poco a poco en la noche del tiempo, ya sea porque, en efecto, cincuenta y tres años son muchos para la memoria de los hombres, ya sea por el hecho de que historiadores y especialistas no se empeñan mayormente en describirlos, cuando no los dejan de lado pura y simplemente con intención deliberada de silenciarlos, o salvan el escollo atribuyéndolos al estado de anarquía en que había caído entonces la gran tierra del Este. Lo más que se recuerda es la disolución de la Asamblea Constituyente y la paz de Brest-Litovsk, y se ha llegado a apreciar la fundación de la *Cheká* como medida de ordinaria administración, explicable y, por ende, justificable, en un país destrozado por la guerra civil. Al confundir los efectos con las causas, se ha echado sobre aquellos años dra-

26. El Estado y la revolución, que será publicado después del golpe de Octubre.

27. B. D. Wolfe: loc. cit. En verdad, su imaginación nunca había conocido freno de ninguna especie. Lo único que le había faltado hasta entonces era la posibilidad de expresarse libremente. Como se sabe, recuperó con creces el tiempo perdido en tan sólo cuatro años de gobierno efectivo.

máticos un manto de obscuridad que se ha vuelto a tal punto impenetrable que el juicio moral no tiene cabida ya en el análisis al que se intenta someterlos, singularmente en sus derivaciones terrorísticas.

Pues bien, este terrorismo fue creado sistemáticamente por Lenin, y el estado de anarquía, en todo esto, no constituye más que un pretexto. Un pretexto que Lenin supo utilizar a sus propios fines, que eran fines de destrucción global, mientras lo estimó conveniente para asentar firmemente su poder. Pues, cuando estimó que su dictadura no corría más riesgo de ser eliminada por las varias corrientes de oposición de los comienzos, puso término al desorden, rápidamente y con los métodos apropiados. Lo que quiere decir que, en ningún momento, este estado de anarquía le resultó imposible de controlar, debiéndose tener por seguro que él fue quien lo administró gota a gota como un medicamento, o un tóxico.

En efecto, el 18 de noviembre de 1917 —o sea, once días exactamente después del golpe—, invitaba a los "trabajadores" de Petrogrado y de Moscú a mostrar su espíritu de iniciativa "deteniendo y entregando a los tribunales militares a todos cuantos fuesen capaces de perjudicar, frenar o minar la producción, ocultar productos", o de oponer "cualquier tipo de resistencia a la causa de la paz, a la política de la tierra para los campesinos y a la del control obrero de la producción y de la distribución", porque, decía, "en adelante cada hombre ha de ser su propio juez". Y concluía: "Cada hombre debe de ser asimismo su propio ejecutor de las grandes obras de la justicia proletaria, a condición de que forme parte de las masas y no de la clase de los granujas, vagos y ricos". A esto, lo había titulado: *Cómo organizar la emulación*. Tal fue el primer artículo de lo que podríamos llamar: "Ley del genocidio clasista", aplicable a todo individuo que cualquier activista decidiese calificar de "enemigo de la clase obrera".

A las pocas semanas, es decir, con exactitud, el 20 de diciembre, fundaba la "Comisión Extraordinaria para la Represión de la Contrarrevolución y el Sabotaje", más conocida como *Cheká*²⁸, confiando su dirección al noble y morfinómano polaco Félix Edmondovich Dzerzhinskiy, que odiaba a sus padres y a sus hermanos mas "amaba a los niños", tanto como veneraba al Maestro al que, efectivamente, no defraudó en ningún momento.

Como si lo dicho y lo hecho hasta entonces no fueran suficientes, en una orden del 27 de enero de 1918, Lenin pedía a la clase obrera que abandonara el trabajo —simple cláusula de estilo puesto que hacía mucho que nadie trabajaba— y se lanzara globalmente en el terror, especificando que aquellos que no quisiesen tomar parte en esta inmensa cacería o lo hiciesen con tibieza, se verían privados de su cartilla de abastecimiento: "Los regimientos y los talleres que no organizan exactamente el número exigido de grupos (terroristas) se verán retirar sus cartillas y serán sometidos a medidas revolucionarias de persuasión y de castigo" (...). "Los especuladores cogidos en flagrante delito serán fusilados inmediatamente por los destacamentos. El mismo castigo contra los miembros de los destacamentos convictos de mala fe". No se habrá olvidado —en el caso contrario, será conveniente recordarlo— que, en la Rusia de entonces, como en la de Jrushchov, tachado de especulador

28. Sigla de: *Chrezvicháinaiá Komissia Borbie Kontrevoliútsiei i Sabotázhem*; organización que ha sufrido numerosos cambios —en su denominación— hasta constituirse en Comité de Seguridad del Estado, o KGB, sigla de: *Komitét Gosudárstviennoi Bezopásnosti*, encabezado por V. Semichastny.

podía ser quienquiera trocarse un objeto de consumo, digamos, un reloj, un samovar, una máquina de coser, por un trozo de pan o de tocino. Y es evidente que cuando Lenin alude a la posible "mala fe" de los miembros de los destacamentos terroristas, sabe exactamente qué es lo que quiere decir, porque no ignora de dónde vienen, las tabernas y los lupanares, y quiénes son, unos simples bribones. Ya el 14 de enero, había dicho a los representantes de las organizaciones encargadas del abastecimiento, individuos que empezaban por servirse copiosamente sin preocuparse por el hambre de la población: "Mientras no apliquemos el terror, la ejecución inmediata, no lograremos nada".

Este hombre que, como miembro de número de la Segunda Internacional, había abogado constantemente por la abolición de la pena de muerte, volvió a establecerla antes de que estallara la guerra civil, que él mismo provocó por todos los medios. Pues, hasta Brest-Litovsk, ningún grupo de derechas o de izquierdas estuvo en condiciones de organizar un levantamiento, siquiera local. Estimaba que el terror y las ejecuciones en masa constituían un medio inmejorable para incitar a los "enemigos de la clase obrera" a lanzarse a la lucha, y planeó con la mayor frialdad colocar a una parte de la población en una situación tan desesperada que no le quedase otro medio de sobrevivir fuera de levantarse. De allí, la fundación de la *Cheka* y la mencionada "Ley de genocidio clasista". Cuando la guerra civil terminó, la pena de muerte fue abolida²⁹, pero fue restablecida a los cuatro meses. El Código Penal promulgado bajo su gobierno preveía la pena capital en el caso de setenta delitos, todos suficientemente vagos en su enunciado para que cualquier individuo juzgado como *eventualmente* peligroso por el aparato cayese inevitablemente bajo los efectos de uno cualquiera de sus artículos. Apuntemos que, desde entonces, la pena de muerte, varias veces abolida, siempre volvió a figurar, por motivos cada vez más numerosos, en el Código Penal de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. Tras un breve eclipse, el mismo "liberalizante" N. S. Jrushchov volvió a edictarla sin que, hasta la fecha, sus sucesores hayan considerado conveniente eliminarla otra vez. Tiene, pues, toda la razón Thierry Maulnier cuando sostiene que "el terror es la revolución misma, hasta el extremo de poderse interpretar, no que el terror está al servicio de la revolución, sino que ésta está al servicio de aquél. Los revolucionarios bien saben, aunque no lo confiesen, que la revolución se acaba al mismo tiempo que el terror"³⁰. Y tal es, en verdad, la esencia inexorable del "humanismo" marxista-leninista, la médula vital del marxismo-leninismo inventado por el ciudadano Uliánov, no sin referencias sólidas, por lo demás, a algunos textos del magisterio del Profeta que, por su precisión, resultaría imposible interpretar de modo, digamos, menos unilateral.

Muchos afirman que, en el marxismo-leninismo, tal como el hombre de Simbirsk lo elaboró y como sigue imperando en la URSS a los cincuenta y tres años de la revolución, poco es lo que tiene que ver realmente con el marxismo de Marx. Me parece imposible aceptar semejante tesis. Pero —formulémoslo como simple

29. Ley del 17 de enero de 1920.

30. Th. Maulnier: *La face de méduse du communisme*, París, 1951. Esta obra sigue constituyendo la mejor sociología del terrorismo que haya sido consagrada a un sistema que los esposos Webb pretendieron definir como "una nueva civilización" y que, según algunos de nuestros contemporáneos más encumbrados política e intelectualmente, está condenado a... liberalizarse por la fuerza de las cosas.

hipótesis de trabajo— si Marx hubiese nacido en 1868 en vez de 1818 y, por una de estas circunstancias inverosímiles que, a veces, aparecen en la historia, hubiese tomado el poder en Berlín al término de la primera guerra mundial como jefe indiscutido de la socialdemocracia alemana porque sus profecías hubiesen resultado acertadas ¿qué hubiera hecho? ¿Habría logrado actuar de modo muy diferente que Lenin en la Rusia de 1917? Ciertamente es que, frente a una Rusia primordialmente agraria, Alemania era una nación altamente industrializada y disponía de una clase trabajadora dotada, como se dice, de "conciencia de clase". No se olvide, con todo, el estado de anarquía generalizada que reinó en la naciente República de Weimar hasta por lo menos comienzos de 1921, el amotinamiento de los marinos en Kiel, los levantamientos spartakistas de Berlín y de Hamburgo, la instauración de una República Socialista Soviética en Baviera con su secuela de asesinatos en su siniestra cadena de terrorismo y de contraterrorismo, los movimientos subversivos del Ruhr, el hambre y la miseria que imperaron entonces y su cortejo de epidemias, de suicidios, de descomposición social. Sí, seguramente, Marx se hubiera comportado en Alemania como Lenin en Rusia. Por doquiera, tanto en una sociedad industrial avanzada como una sociedad de base prevalentemente agraria, así ante un proletariado organizado como ante una clase campesina amorfa, la revolución trae consigo implicaciones terrorísticas insoslayables. Pues el proletariado no se deja organizar más que para acceder a condiciones de vida superiores, esto es, *pequeñoburguesas*, que se fundan en la certeza de mejores salarios y una legislación del trabajo y de la seguridad social que nada pueda poner en tela de juicio. Del mismo modo, el carácter "amorfo" del campesino conforma una barrera infranqueable ante cualquier cambio que no conduzca a la legalización de la propiedad de la tierra y a la libre disposición y comercialización de los productos. Por mucha que haya sido el agua que cayó finalmente en su vino más por haber adquirido conciencia de lo equivocado de sus cálculos que por descenso de su voltaje revolucionario, Marx —en la eventualidad que estamos examinando a modo de hipótesis— hubiera tenido que volver a su antigua concepción jacobina del poder en razón del obstáculo opuesto a sus planteamientos económicos por la mentalidad, por así decir, tradunionista, de la clase obrera alemana. Es menester no olvidar, por otra parte, que estaba tan trepado como Lenin en el caballo de su infalibilidad y que su corazón no era en lo más mínimo misericordioso.

Todo esto, bien entendido, en el supuesto caso de que los vencedores lo hubiesen dejado actuar libremente, lo que no puede excluirse si tenemos presente la indiferencia de los jefes de la *Entente* ante las abominaciones cometidas por los milicianos rojos en Baviera³¹. Hemos visto con qué entusiasmo el presidente Wilson compartía la absurda creencia de los liberales —los de entonces y los de hoy dondequiera logren hacerse oír— en la sentencia: "No hay enemigos a la izquierda". Ahora bien, esta regla de oro de su mente irrealista lo llevó a actuar constantemente de modo de que el "cordón sanitario" no se transformara en lazo para estrangular

31. La República Soviética de Baviera fue derribada por los propios alemanes el 1 de mayo de 1919, sin intervención de los Aliados. Lo mismo sucedió con la República Soviética de Hungría —la del siniestro Bela Kuhn— que fue eliminada por los blancos de Horthy, y por los rumanos a los que éstos no habían invitado más que querían destruir el brazo más débil de la pinza comunista en que se encontraban atrapados y, al mismo tiempo, volver incontrovertible su anexión de Transilvania.

al bolchevismo como deseaban Winston Churchill y el mariscal Foch. En cuanto a Clemenceau, estaba por cierto muy alejado de su izquierdismo frenético de los años 70, pero, en el momento de Versalles, su mente se había fijado de modo excluyente de cualquier otra consideración y, casi diría, con terquedad senil, en la "necesidad" de la eliminación definitiva de Alemania como gran potencia, así que un largo período de caos del otro lado del Rin le hubiera parecido una bendición de los dioses. La postura de Lloyd George es menos fácil de dilucidar, pero, si recordamos su convicción reiteradamente expuesta hasta 1921 de que el régimen soviético acabaría desmoronándose bajo el peso de su propia ineptitud y, luego, de que no resistiría a la desaparición de Lenin, lo que, en ambos casos, daría paso a una balcanización irremediable de Rusia, no es absurdo opinar que hubiera aceptado él también, la instauración del comunismo en Alemania, cuyo inevitable desmembramiento territorial y económico-social hubiera tenido a sus ojos la ventaja de eliminar a un rival de la industria y del comercio británicos.

Con lo cual, una vez exploradas en sus causas inmediatas y mediatas las fuentes del poder soviético, una vez definidos los puntos comunes y las derivaciones teóricas y prácticas del marxismo y del marxismo-leninismo, podemos proceder al análisis de sus efectos, tal como acabaron por cuajar a través de más de un medio siglo de experimentaciones. Todo lo cual no nos ha alejado, ni nos aleja, bien por el contrario, del objeto del presente estudio: celebrar el centenario del nacimiento de Lenin, aun cuando esta celebración no se encuadre con mucha exactitud en los planteamientos básicos y marginales del "humanismo" marxista-leninista, el ortodoxo y el heterodoxo, incluido el marxo-freudiano de Herbert Marcuse, ese profesor Nimbus de la filosofía contemporánea, tan en boga actualmente entre nuestra juventud.

3

La historia del comunismo, tanto en su aparato dogmático como en su actividad concreta, produce un sentimiento tal de confusión que nos vemos llevados a preguntarnos cómo individuos aparentemente inteligentes logran apasionarse por una doctrina y por un sistema tan poco racionales, tan trabajosamente antinaturales, tan injuriosamente desmentidos por los hechos. Lo cierto es que esta historia es mucho menos la de una ideología que la de un método ideológico-práctico de conquista y de conservación del poder, cuya clave quizá esté en las dos breves sentencias siguientes debidas a Jorge Plejánov, padre del socialismo científico ruso. Emitió la primera en 1891, al establecer la diferencia existente entre *propaganda* y *agitación*: "El propagandista presenta muchas ideas a un solo individuo, o a varios individuos. El agitador presenta una sola idea, o algunas ideas, pero a toda una masa de personas". La segunda, la forjó a comienzos de la revolución de 1905, en el momento en que las varias tendencias subversivas lanzadas al asalto del poder imperial se peleaban furiosamente entre sí: "Uníos para la matanza. Luego, idos caga uno por vuestra cuenta".

Estas dos sentencias nos ayudarán a expresar con mayor claridad las reflexiones que el estudio de la situación actual en la Unión Soviética nos sugiere, a la luz de lo anteriormente dicho.

El 25 de junio de 1967, el diario *Pravda* publicaba las tesis del Comité Central del P. C. de la URSS sobre el quincuagésimo aniversario de la "Gran Revolución Socialista de Octubre", cuyos festejos, previstos como muy solemnes y con sobrecarga de entusiasmo popular —por lo menos, tal era la consigna— culminarían el 7 de noviembre. Estas tesis, cuya lectura —dos páginas enteras del diario de marras, que no es de pequeño formato— es fastidiosa en extremo, como todo aquello que sale del burocrático tintero marxista-leninista, pretenden ser la historia de los triunfos y de los aciertos, materiales, intelectuales, espirituales, del comunismo a lo largo de este medio siglo, y son, evidentemente, fruto de un esfuerzo colectivo. Los especialistas que las han formulado —un equipo de "investigadores" del Instituto Marx-Engels-Lenin, presididos, dirigidos y estrictamente controlados por el ideólogo supremo de la secta Mijail Suslov— nos pintan un cuadro idílico de la felicidad final y definitivamente alcanzada por el ciudadano soviético, quiero decir, por el "hombre nuevo soviético". Pero, por de pronto, la mediocridad realmente lastimosa de la redacción, las falsificaciones ininterrumpidas que dan su tono al documento, la chatura impresionante de la argumentación, demuestran que, en un medio siglo, ese régimen que se atribuye todos los méritos —empezando por aquellos que no tiene— cuyos beneficiarios hablan con tan aplastante conmisericordia de lo que dicen y hacen los filósofos "idealistas" y los políticos "burgueses", sea cual fuere su aditamento en el abanico ideológico no comunista o anticomunista, no ha logrado engendrar a un solo escritor político, a un solo teórico de valor, siquiera de ese valor pasivo que, por lo menos, incita a la controversia y abre paso a la rectificación. Estas tesis son simplemente lo que los ingleses llaman *adventure in triviality*, cuando no son mentiras descaradas, distorsiones escandalosas, emitidas, por supuesto, con ese tono de infalibilidad que es de rigor en la escuela desde los tiempos del *Manifiesto*. Con el agravante de que, mientras el panfleto de Marx rebosa de vigor guerrero y de relámpagos estilísticos que tornan su lectura apasionante, incluso para un antimarxista, el documento de marras es un basto monumento a la inepticia y a la mediocridad. Todas las afirmaciones de orden histórico, político y económico que se acumulan tesis tras tesis como otros tantos ladrillos, son el reflejo de un sistema de ficciones, de interpretaciones forzadas, de mitos inconsistentes y de leyendas absurdas que sería inútil examinar en detalle aunque más no sea porque el hombre dispuesto a todos los sacrificios para estudiarlos minuciosamente dispone de tratados, de manuales, de enciclopedias, de diccionarios, de obras de todo tamaño y pretensión que el *Gosizdat* publica con prolífica terquedad en cualquier lengua, idioma o dialecto. Nos contentaremos, pues, con señalar las *mentiras esenciales* de que se hace portador este documento innegablemente "extraordinario".

Para empezar, el mamotreto se abre con la tesis de que "el partido bolchevique dio al proletariado ruso un programa científico de revolución democrática y socialista", y que "esta política recibió el apoyo de la mayoría del pueblo", cuando se hizo cargo del poder en 1917. Ahora bien, especifiquemos que ese programa pretendidamente científico salía de la pluma de Jorge Plejánov y era común a los mencheviques y a los bolcheviques, aun cuando éstos, a partir de 1914, acusaron al susodicho importador del marxismo en Rusia de "socialtraidor" y de "agente del imperialismo anglo-francés" y se las hayan arreglado para hacerlo morir de priva-

ciones después de la revolución. El nuevo programa adoptado en 1919 tuvo por co-autores a Nikolai Bujárin en la parte teórica —Stalin lo hará fusilar en 1938, tras haberlo cubierto de lodo como agente del espionaje alemán, británico y francés— y al mismo Lenin en la parte práctica. Pues bien, en este segundo programa, lo que pertenece a Bujárin es inconsistente de cabo a rabo. En cuanto al aporte “práctico” debido a los desvelos dialécticos del ciudadano Uliánov, lo era tanto, en efecto, que, a través de las experiencias del Comunismo de Guerra, provocó el estallido incontrolable de uno de los mayores desastres económicos y sociales que la historia universal haya registrado jamás, de suerte que el mismo Ilich —que “siempre lo consultaba a Marx”— tuvo que negarlo por tajadas sucesivas hasta coronar la apostasía, en 1921, con la adopción de la Nueva Política Económica, haciendo retorno de este modo a “ciertas formas de capitalismo”, como dijo él mismo con el cínico desparpajo de quien envía una corona de flores al entierro del que acaba de asesinar³².

Por lo que hace al pretendido “apoyo de la mayoría del pueblo”, las elecciones por la Asamblea Constituyente responden con nitidez significativa al aserto del ideólogo Suslov y de sus amanuenses.

Habían sido fijadas para el 12/25 de noviembre de 1917 por el propio Kérenskiy. Mientras tanto, Lenin tomó el poder —el 25 de octubre/7 de noviembre— y sabía cuál sería el resultado. Pero no se atrevió a impedirlos, ni siquiera a postergarlos, porque, en su primer equipo de Comisarios del Pueblo, figuraban numerosos mencheviques y socialrevolucionarios de izquierdas, a los que había tenido que aceptar por motivos de oportunismo táctico. Se celebraron, pues, el día previsto.

Para comprobar el alcance del consenso popular de que hablan las “tesis”, será suficiente reportar los cómputos finales, no sin recordar que, en esta consulta —a la que los historiadores, aun liberales, aprecian por lo general como “la única libre que haya tenido lugar en Rusia antes y después de la revolución”—, las agrupaciones de derechas o simplemente moderadas no fueron admitidas a participar, a excepción del partido KD en razón de la parte fundamental que había desempeñado en la liquidación del régimen imperial, y del que sabemos que no era ni de derechas ni moderado. He aquí estos cómputos:

	Votos	Porcentaje
Bolcheviques	9.023.963	25
Socialrevolucionarios	20.900.000	58
Mencheviques	1.700.000	4
Kadetes	4.600.000	13

32. Pongámonos de acuerdo con toda claridad: con lo dicho, no se pretende dar por supuesto y (o) admitido que, comparado con el menajaje teórico-práctico del tándem Lenin-Bujárin, el plato primitivo cocinado por Plejánov resulte más digestible. Como aquél, el suyo no tiene de científico más que las absurdas pretensiones científicistas en que se funda, pretensiones maliciosamente frustradas por los hechos. Los cuales hechos tienen dos grandes virtudes: siempre se conforman a la naturaleza y siempre dicen la verdad.

Los bolcheviques consiguieron, pues, 175 bancas de las 707 a proveer³³.

La Constituyente celebró su primera y única sesión el 5/18 de enero de 1918 en el Palacio de Táurida. Para la presidencia, había dos candidatos, Víctor Chernov, del grupo de los socialrevolucionarios hostiles al golpe bolchevique —que eran la mayoría aplastante—, y la vieja terrorista María Spiridovna, candidata de los mencheviques y socialrevolucionarios de izquierdas y de los bolcheviques. Chernov triunfó en la primera votación.

Entonces empezó el gran palabrerío eslavo que duró de las 2 de la tarde a las 4 de la mañana del día 19, momento en el que el marinero anarquista Zhelieznakov, jefe de la guardia de seguridad, hizo evacuar la sala y la cerró. Así nació, vivió y feneció “el primer parlamento elegido libremente en toda la historia de Rusia”, como tuvo la desfacha de acotar el historiador, alto exponente masónico y dirigente kadete Pablo Miliúkov, que había sido diputado —elegido a la fuerza por lo visto— en la Duma zarista, de 1906 en adelante.

Existe una obvia relación directa entre el asunto de la Constituyente y la fundación de la *Cheká*. Esta fue creada el 20 de diciembre de 1917 y aquélla fue disuelta en la madrugada del 19 de enero siguiente. Mas las elecciones se habían celebrado el 25 de noviembre de 1917, esto es veinte y seis días antes de la creación de la *Cheká*, y Lenin sabía perfectamente, por consiguiente, que le resultaría imposible mantenerse por métodos “normales” frente a semejante masa opositora compuesta por una mayoría de socialistas revolucionarios “no colaboracionistas”, individuos muy escuchados en el campo y en las pequeñas aglomeraciones urbanas. Sin embargo, en aquella circunstancia, no existían fuerzas de oposición organizadas y capaces de hacer pensar en la inminencia de un levantamiento armado digno de tomarse en consideración. Pero como la naturaleza moral de Lenin lo constreñía a considerar todos los problemas de oposición a sus propios planteos en términos de guerra de exterminio, no podía concebir que, una vez triunfantes en las urnas, sus enemigos no aprovecharan la oportunidad para exterminar a los bolcheviques. La creación de la *Cheká* responde evidentemente a la necesidad de ganarles de mano en un terreno que no existía más que en su imaginación.

Esta decisión “legalizó” el reclutamiento acelerado de una milicia terrorista, numerosa, bien armada y organizada, bien alimentada y bien remunerada, dotada de poderes discrecionales, empezando por los relativos a la ejecución somera de todo individuo fichado por la asociación como perteneciente a la categoría de los “enemigos de la clase obrera”. Con este soltar de amarras de la criminalidad transformada en “legalidad proletaria”, no es de extrañar que el muy misericordioso Feliks Edmundovich Dzerzhinskiy no haya encontrado dificultad alguna para reclutar a todos los “voluntarios” que necesitaba. Ahora bien, la fundación de la *Cheká*, al mismo tiempo que no respondía en absoluto a la obligación de afrontar peligros inmediatos y aun mediatos de guerra civil, fue el detonante que la tornó inevitable.

33. En Petrogrado, donde los bolcheviques dominaban por el terror, el ausentismo fue enorme, pese a lo cual los partidarios de Lenin no obtuvieron más que el 45 por ciento de los sufragios emitidos. En Ucrania, en los Urales y en Siberia, alcanzaron apenas el 10 por ciento de los votos. La participación general fue escasa por doquiera, pues no logró superar el promedio de 52 por ciento del número de electores empadronados. Estas cifras también conforman una respuesta precisa a los autores de las “tesis” que estamos analizando.

Por una parte, en efecto, los campesinos —grandes electores de los social-revolucionarios— podían comprobar el valor exacto de la palabra de los bolcheviques y, por otra parte, no tardaron en verse confirmados en este descubrimiento por la invasión del campo por los así llamados “destacamentos de hierro” de la *Cheká* que efectuaban requisiciones forzosas de cereales y de ganado y procedían a la ejecución somera de los propietarios renuentes —se trataba por lo general de campesinos de pequeña y mediana condición, no ya de terratenientes, asesinados ya o emigrados— para no tener que “gastar más palabras” en discusiones ociosas acerca de la legalidad de la medida o de su compensación. La guerra civil empezó en el campo a consecuencia de choques armados de los “destacamentos de hierro”, no con elementos blancos del antiguo ejército imperial todavía disperso, sino con los campesinos que querían defender sus bienes y su vida. Pues la iniciativa de esta contienda pertenece enteramente a los bolcheviques y a esta idea muy peculiar que se hacían de la reforma agraria, idea que será recogida a partir de 1945, por ejemplo en la China de Mao y por Fidel Castro en Cuba. Los Blancos se levantarán sucesivamente a la capitulación de Brest-Litovsk y una de las razones por las que serán derrotados —además de algunas otras, entre las que campean la hostilidad activa de Wilson, la pasividad de los dirigentes de la *Entente* y la traición de Pilsudski— radica en el hecho de que, al mismo tiempo que contra los rojos, tuvieron que luchar en su retaguardia contra bandas de campesinos que no habían tardado en pasar del control de los socialistas revolucionarios al de los anarquistas, en los marcos del llamado Movimiento Verde, cuyas figuras señeras siguen siendo los siniestros Majnó y Antónov.

Un anarquismo bastante singular, en verdad, puesto que sus secuaces eran reñigosos, a su manera. Por lo general, pertenecían a la desviación anticlerical de los Viejos Creyentes pero, sobre todo, a sectas realmente extravagantes, a la par que resueltamente antisociales, como las de los *dujoberi* y de los *jlísti*. En lucha, tanto contra los rojos como contra los blancos, esos anarquistas, maestros en el arte de la guerrilla, viejo invento ruso, constituían, repito, el Movimiento Verde que nunca tuvo organización centralizada pero logró seguir actuando hasta 1928, porque sus rebeliones estallaban sorpresivamente en regiones alejadas unas de otras, en una cadena explosiva ininterrumpida cuya eficacia fue duradera porque contaba con la complicidad de los campesinos y siempre se valía de bandas pequeñas y rápidas en sus desplazamientos. Ahora bien, mientras los Blancos tenían que distraer constantemente fuerzas de sus unidades empeñadas contra los rojos para vigilar su propia retaguardia, estos mismos rojos que, como combatientes, no tenían otro valor que el que sacaban de su número aplastante —obtenido por conscripción forzosa y con amenaza de ejecución de los familiares en caso de deserción— podían mantener a raya su retaguardia merced a las milicias chekistas formadas por la hez de la población y por “voluntarios” de toda procedencia, incluidos musulmanes de Asia Central, letones —los más feroces de todos—, caucásicos y aun chinos, sin excluir un fuerte número de prisioneros de guerra provenientes de los ejércitos alemán y austro-húngaro³⁴. De esta suerte, los bolcheviques lograron derrotar a

34. Entre los cuales un cierto sargento Josef Brosz, que se hará célebre más tarde con el seudónimo de Tito.

los Blancos abandonados a sí mismos por sus “aliados” franceses, ingleses y japoneses, tras inyuncción del presidente Wilson. Luego, tuvieron que guerrar durante tres años más contra los campesinos del Movimiento Verde ucraniano de Majnó y, hasta el comienzo de los años 30, contra los bachmanes de Asia Central. Para terminar con todos esos movimientos de rebelión latente y permanente, tuvieron que adaptarse a los métodos de la guerra de guerrillas, ya que el Ejército Rojo —creado por Trotskiy, con 25.000 oficiales zaristas “voluntarios”, reclutados con los mismos métodos de persuasión que los soldados de baja fuerza— actuaba conforme a las normas de la guerra clásica. La guerra de guerrillas no es, pues, un hallazgo de Mao Tsé-tung, como pretenden sus turiferarios, sino de hombres como Majnó en Ucrania y Antónov en la provincia de Tambov. Es menester recordar también que anarquistas eran igualmente los famosos marinos de Kronstadt, sin los que no hubiera habido Revolución de Octubre ni, por ende, cierre de la Constituyente; esos mismos marinos que, en 1921, al comprender un poco tarde el error inicial cometido por ellos al entregarse sin condiciones al control bolchevique —y, en el vocabulario bolchevique, la palabra “control” ha asumido de entrada un sonido particularmente siniestro—, se levantaron contra el régimen soviético y fueron aplastados y pasados a cuchillo por el Ejército Rojo, liberado ya de sus tareas militares contra los Blancos, y lanzado contra la fortaleza bajo el mando personal de Tujachevskiy y de Trotskiy, tras orden imperativa del “humanista” Lenin³⁵.

Como es sabido, a los ojos de los “sentimentales de la historia”, los marinos de Kronstadt fueron “heroicos combatientes de la libertad” que se sacrificaron para derribar una tiranía totalitaria. Esto lo admiten aun historiadores liberales, esto es, partidarios convencidos del sistema capitalista y del Estado de derecho. No será del todo inútil recordar que esos inmarcesibles atletas de la dignidad humana se habían ilustrado, hasta las vísperas mismas del levantamiento, por su participación activa en el sometimiento del pueblo ruso a este sistema totalitario. Ellos habían sido quienes —tras haber degollado a sus oficiales— eliminaron al mayor número de *burzhui*, confiscaron, a menudo en provecho propio, las cantidades más considerables de bienes ajenos, proporcionaron sus cuadros más eficaces a los “destacamentos de hierro” del muy misericordioso humanista Feliks Edmundovich Dzerzhinskiy. Se levantaron en marzo de 1921 porque, una vez terminadas las grandes operaciones militares contra el Movimiento Blanco, el gobierno soviético no disimulaba su propósito de poner en vereda a los anarquistas y a todos los elementos incontrolables provenientes de la llamada “oposición de izquierdas”, recurso indispensable para la puesta en marcha de la NEP, la cual, hay que recordarlo, al mismo tiempo que abría la luz verde al pequeño comercio y a la industria mediana,

35. Trotskiy desconfiaba tanto del ejército de 5 millones de hombres reclutados por él del modo que sabemos que, apenas liquidados el movimiento blanco y la rebelión de Kronstadt, propuso transformarlos en masa de “trabajadores militarizados” que, bajo la dirección de la *Cheká*, serían empleados en labores de superindustrialización acelerada. Este fue uno de los temas que Stalin explotó para desacreditarlo ante la burocracia del partido, que quería gozar ya de los frutos de la revolución, y para granjearse, ya que no popularidad, por lo menos la pasividad del pueblo ruso... antes de aplicar por su cuenta la misma política a partir de 1927, pero con la “ventaja” del saqueo sorpresivo de todos los haberes acumulados por los rusos durante la NEP, en una operación de “acumulación primitiva de capital” no prevista por Marx, ni por Trotskiy.

y la especulación, se fundaba en la “inevitable colaboración del capital extranjero”. Sin que, por lo demás, ni a Lenin ni a sus compañeros, les importaran un comino los indecibles sufrimientos a los que el pueblo ruso seguía sometido.

Con lo cual, se descubre una vez más que el pensamiento vivo de los portadores actuales del “humanismo” marxista-leninista entronca directamente, por vía de la mentira, de la falsificación y de la *simplificación* —forma acabada del engaño—, con el de Lenin, de sus inspiradores jacobinos y de un cierto Marx. Este había establecido en axioma que la “ley de acumulación de capital” implica una “ley correspondiente de acumulación de la miseria”, y que la cuestión no consiste en saber “qué es lo que el proletariado imagina acerca de su objetivo”, sino “cómo obligarlo a alcanzarlo”, todo lo cual había condicionado insalvablemente el pensamiento de Lenin en su parte que se pretendía “científica”. Pisárev, al que me he referido brevemente ya y al que traigo otra vez a colación porque condicionó ese mismo pensamiento en su parte que se creía “práctica”, además de haber condenado a muerte a todos los rusos de más de veinte y cinco años de edad, había proclamado que “una marmita es más útil que una Virgen de Rafael”. Plejánov, introductor del marxismo en Rusia y, por consiguiente, en la mente de Lenin, en el que descubrió “la pasta que hace los Robespierre”, había dicho: “Uníos para la matanza”. Lenin, finalmente, promulgó y puso en aplicación todas estas normas, codificándolas en el llamado “derecho proletario”: impuso a Rusia la ley de acumulación primitiva de capital y demostró que, en efecto, dicha ley *tiene* que ir aparejada con una ley de acumulación de la miseria; creó por fecundación directa las condiciones que, a través de su dictadura y de la de su sucesor —al que entregó, muy conscientemente, todos los instrumentos de su despotismo— causaron la muerte, violenta o por extinción, mas, de todos modos, rigurosamente prematura, de una tercera parte de la población rusa, algo menos del porcentaje que Pisárev había fijado, y vendió en el extranjero numerosas obras de arte, joyas y muebles preciosos, “recuperados” sobre la burguesía —todavía quedan en abundancia a disposición de los Señores Diplomáticos en tiendas a ellos reservadas—, si bien no utilizó el dinero recibido en compensación para comprar marmitas ni, menos aún, alimentos, ya que, de alguna manera, había que poner de acuerdo a Pisárev con Marx; se unió para la matanza con los elementos de izquierdas de los partidos menchevique y socialrevolucionario, sin olvidarse, empero, del segundo miembro del dictamen plejanoviano: “Luego, idos cada uno por vuestra cuenta”, ya que hizo ejecutar o encarcelar a aquellos de esos primitivos compañeros de ruta que no entendieron a tiempo la antítona. Pues bien, ante esos “padres espirituales” que todo lo simplificaban, siendo Lenin “el mayor común simplificador”, Brezhnev, Suslov, Podgorniy, Kossiguin, etc., sólo logran ser unos “pequeños simplificadores” bastante desbordados por la tarea, según parece, pero es evidente —honesto será reconocerlo— que algo hacen de todos modos para simplificar al máximo.

Así cuando, en el documento que estamos examinando, afirman que las “nacionalidades oprimidas” por el zarismo obtuvieron con Octubre “su pleno derecho a la autodeterminación”, pero que, rechazando este generoso ofrecimiento, “se unieron voluntariamente en la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas”, cometen una simplificación, si me atrevo a decir, monumental, y demasiado “ingenua”, si semejante calificativo tiene cabida tratándose de semejantes “humanis-

tas”. En realidad, las nacionalidades “oprimidas” por el zarismo no lo eran en absoluto, y todas —salvo la polaca y ella exclusivamente— se acomodaban perfectamente con un régimen que respetaba todas sus libertades y las consideraba como miembros de pleno derecho del cuerpo imperial. Si se quiere seguir sosteniendo que constituían un “imperio colonial”, habrá que admitir una distinción con respecto a los restantes imperios coloniales, que juega enteramente a favor de San Petersburgo: los alógenos de dicho imperio tenían las mismas prerrogativas que los esclavos colonizadores, podían seguir las mismas carreras en la administración, en la universidad, en el ejército, tenían derecho a comerciar, a enriquecerse y a viajar con la misma libertad, sin necesidad de cambiar de religión, ni de hablar ruso siquiera; en su pasaporte, eran señalados como “súbditos rusos” sin especificación de raza o de religión³⁶; sus títulos de propiedad y su condición social anteriores a la conquista eran reconocidos y sus modos de vida respetados, por diferentes que fuesen, con tal de que no pusiesen en peligro el orden jurídico vigente. El gobierno practicaba por cierto su política de “rusificación”, pero no para suprimir los fueros de las “nacionalidades oprimidas”, sino con vistas a una mayor integración nacional que se concebía como lazo de unión directa entre todos los súbditos alrededor de la persona del soberano.

Las cosas cambiaron considerablemente a partir de 1917. Entonces, las “nacionalidades oprimidas” no tardaron en descubrir que la esencia de la empresa bolchevique era, ella sí, auténticamente opresora. Reivindicaron, pues, su derecho a disponer de sí mismas conforme a los escritos de Lenin y de Stalin anteriores a la revolución. El ejército rojo las obligó a volver al redil, tras haberlas sometido a devastadoras campañas punitivas y a matanzas en masa, particularmente después del final de la guerra civil y la destrucción de los ejércitos blancos con los que habían colaborado activamente, tanto por fidelidad al antiguo régimen como por temor al comunismo. Incluso los partidos socialistas alógenos fueron puestos fuera de la ley, sus jefes perseguidos, ejecutados, deportados o desterrados. Stalin, que era georgiano, se encargó personalmente de la operación en su tierra natal con el asesoramiento de su compatriota y correligionario Sergo Ordzhonikidze —al que hará “suicidar” en el momento de la Gran Purga— y, por supuesto, de los “destacamentos de hierro” de la *Cheká*. En 1928, salvo en algunas regiones aisladas de Asia Central, todo había terminado: las nacionalidades, liberadas de la opresión zarista, “se unieron voluntariamente en la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas”. La vieja política de prudente y lenta “rusificación” fue substituida por una drástica, apresurada y, por ende, incoherente, política de “sovietización”: su misión absoluta a los agentes *soviéticos* —¿quién los llamaría rusos?— del partido; obligación de aprender la lengua de la nacionalidad dominante para hacer carrera; destrucción de las estructuras tradicionales, religiosas, culturales, económicas y sociales: eliminación física de las élites dirigentes, a las que la dinastía había mantenido en su función y que fueron substituidas por burócratas provenientes de Moscú; finalmente, cuando estalló la guerra con Alemania, deportaciones en masa, no sólo de los alemanes del Volga —que se habían instalado en Rusia en el siglo

36. Razón por la cual, a los hebreos provenientes del imperio zarista —y a los demás por extensión— se los llama “rusos” en el lenguaje común todavía practicado en la Argentina.

XVIII y que, en 1914, habían servido con fidelidad en el ejército imperial—, sino de los tártaros de Crimea y del Cáucaso, de pueblos tan ajenos al asunto como los kalmukos y los chechenes, “sospechosos” de hostilidad ingénita a la patria soviética, auténtica manifestación del genocidio racial, que se completó, a partir de 1945, con la empresa de genocidio intelectual milimetrada por Stalin en sus desvaríos sobre lingüística³⁷.

Desvaríos que recibirán ilustración “científica” adecuada con las referencias siguientes, debidas a plumas sabiamente orientadas por el entonces Jefe Genial en la perspectiva jafética descubierta por el profesor N. I. Marr, precursor de todo estructuralismo lingüístico futuro:

1 — Prof. Lomtiev, de la Academia de Ciencias de la URSS: “La lengua rusa es el instrumento de la civilización más avanzada, de la civilización socialista, de la ciencia más progresista. Es la lengua de la paz y del progreso” (...). “La lengua rusa es grande, rica y poderosa. De sus tesoros inagotables, las lenguas de las nacionalidades de la URSS sacan un elixir vivificante. Es estudiada con amor por todos los pueblos de la Gran Unión Soviética que ven en ella el instrumento poderoso de su progreso cultural y de la transformación socialista”³⁸.

2 — Del mismo, pero enojado: “Las nacionalidades burguesas intentan utilizar como modelos otras lenguas extranjeras persistiendo en su tentativa de restor importancia a la lengua rusa. Los nacionalistas bielorusos y ucranianos infectan sus lenguas maternas con elementos sacados del lenguaje de la aristocracia polaca. Los nacionalistas moldavos intentan introducir en su lengua términos de salón de la aristocracia rumana. Los nacionalistas letones, aplicando las consignas de la aristocracia alemana, quieren germanizar su lengua”³⁹. De donde se deducirá que la “unión voluntaria” de las “nacionalidades oprimidas por el zarismo”, de que nos hablan los autores de las “tesis”, deja algo que desear.

3 — Del prof. Serdiuchenko, del Departamento de Lingüística de la Universidad de Moscú: “En diferentes repúblicas de Asia Central y del Cáucaso sucede frecuentemente que se substituye los términos socio-políticos soviéticos e internacionales por términos creados artificialmente, o bien por términos de origen árabe, panislámico o panturco”⁴⁰. Misma observación que para el apartado N° 2.

4 — Del prof. Iakovliev, de la Academia de Ciencias de la URSS: “La lengua rusa no es solamente la lengua de la Unión Soviética, es el lenguaje internacional en las democracias populares. Ha de proporcionar a los pueblos y nacionalidades de la URSS una terminología soviética común”⁴¹. Sin comentario, esta vez...

Sigamos, pues, con los “descubrimientos” históricos de la escudería Suslov.

37. Hechos públicos en la Pravda del 20 de junio de 1950 y publicados luego en todos los idiomas por las Ediciones en Lenguas Extranjeras.

38. En Voprosi Filosofii (Cuestiones de Filosofía), publicación de la Academia de Ciencias de la URSS, n. 2, 1949, Moscú.

39. Idem.

40. En Pravda del 11 de noviembre de 1949.

41. Citado por Lucien Laurat en: Staline, la linguistique et l'imperialisme russe; París, 1951.

He estudiado detenidamente los pormenores de esta operación de genocidio etno-lingüístico en mi Historia de la Rusia Soviética 1917-1957 (cap. XIX: “Perfil de un ídolo”); Madrid, 1959.

El apasionante y muy complejo drama de la guerra civil se resuelve del modo siguiente: “El imperialismo internacional organizó la lucha armada contra la República de los Soviets. Los imperialistas de Alemania, de Inglaterra, de Francia, de los Estados Unidos de América, del Japón y de otros Estados, se unieron para estrangular la revolución soviética”. Esto es todo, un todo, como se ve, simplificado al máximo, como es de rigor en historiografía marxista, y, como es de rigor igualmente en semejante óptica, totalmente falso.

En primer lugar, a partir del 11 de noviembre de 1918 —fecha de capitulación final de los Imperios Centrales, que se habían sostenido casi un año más en la guerra gracias a la capitulación de Brest-Litovsk, que les había permitido retirar numerosas divisiones del frente ruso para enviarlas al sector occidental, e ingentes cantidades de alimentos para sus combatientes y su población civil—; a partir del 11 de noviembre, pues, los Aliados, empujados por Wilson, obligaron a los alemanes a evacuar aceleradamente los territorios rusos ocupados por ellos. Lloyd George, aconsejado por Churchill, su ministro de Guerra, hubiera preferido dejarlos allí para evitar que la marea subversiva invadiera los territorios de Europa oriental y central y las regiones danubianas, y lo mismo pensaban Clemenceau y el mariscal Foch. Pero Estados Unidos tenía a Inglaterra atrapada en la red, irrompible ya, de las deudas de guerra, y el veleidoso primer ministro liberal tuvo que someterse; así como los franceses, cuya política exterior dependía estrechamente de las consignas del Foreign Office desde el asunto de Fachoda. Esto fue suficiente para salvar al régimen bolchevique puesto que, en el orden político, la intervención aliada se limitó al establecimiento del supuesto “cordón sanitario” que, a Lenin, lo dejaba perfectamente indiferente, en la medida en que no favorecía su proyecto de poner en vereda a los rusos por el hambre y la presión terrorista. En el orden militar, la intervención inglesa no fue más allá de la ocupación de las regiones de Arcángel y de Murmansk, y fue llevada a cabo con el único propósito, no de ayudar a los Blancos del general Miller a extender su zona de operaciones contra los bolcheviques, sino de recuperar los enormes depósitos de material de guerra enviados desde Occidente antes de la revolución de Febrero. En octubre de 1919, los mismos ingleses, que habían prometido al general Iúdenich y a su cuerpo voluntario compuesto por 5.000 rusos y 15.000 estonios, el apoyo de su flota del Báltico para su ofensiva contra Petrogrado, se lo retiraron y levantaron el bloqueo de Kronstadt en el momento mismo en que alcanzaba los suburbios de la capital, tras haber ocupado Gachina, Pavlovsk y Krásnoie Sieló⁴². De inmediato, efectuaron manifestaciones navales a lo largo de las costas bálticas por obligar a los cuerpos francos del Baltikum organizados por el general von der Goltz a hacer retorno a Alemania, de suerte que los países ribereños de ese mar se salvaron entonces de la amenaza comunista únicamente porque encontraron en sus propios pueblos soldados geniales como el mariscal Mannerheim y el general Laidoner. Asimismo, si los ingleses desembarcaron en el Cáucaso y ocuparon Bakú, fue únicamente para impedir que

42. Como había sucedido en 1905 y en julio de 1917, Lenin puso, en esta oportunidad, su preciosa persona fuera del alcance de los tiros. Como Finlandia le estaba cerrada, no se detuvo hasta Moscú, y allí descubrió que ésta era la verdadera capital rusa. Tal es el motivo real de esta restauración inesperada de esta ciudad, lugar sagrado de la Pravoslavie, del zarismo y de la tradición rusa milenaria, como capital única de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas.

los turcos y los alemanes alcanzaran los ricos yacimientos petroleros de esta región. Por su parte, los franceses se instalaron en Odesa con el propósito exclusivo de vigilar y acelerar la salida de las tropas alemanas del sur de Rusia. En cuanto a la intervención norteamericana en la Provincia Marítima, tenía un doble objetivo: facilitar la repatriación del cuerpo checo de Siberia, y obligar a los japoneses a que evacuaran Vladivostok y el ramal oriental del Transiberiano. Por lo demás, las regiones bálticas, Ucrania y Bielorusia, Armenia y Georgia, se había separado de Rusia en aplicación del ya mentado “derecho de autodeterminación”, proclamado por Lenin como sagrado en el momento mismo de la toma de poder. Hemos visto cómo Lenin, Stalin, Ordzhonikidze, Trotskiy y el Ejército Rojo, volvieron a poner las cosas “en su debido lugar”, allí donde pudieron hasta que la operación se completara a partir de 1945...

Con todo esto, en el documento de marras, ninguna alusión, por fugaz que sea, a la capitulación de Brest-Litovsk, con la cual Lenin intentó dar a los aliados del país ocupado por él la puñalada en la espalda que S. M. Guillermo II exigía en pago por sus erogaciones copiosas para la causa bolchevique.

Así, pues, llegó a su término “la lucha armada contra la República de los *Soviets*” organizada por el “imperialismo internacional”. Nadie, a estas alturas —salvo quizá algún que otro mentecato de la historia, no necesariamente marxista por lo demás— se atrevería a sostener que sus desarrollos y resultados hayan sido particularmente honorables para los ex aliados de Rusia. Pero quienes tienen derecho a hacerlo, no son seguramente los orates de la historiografía marxista-leninista...

Una “tesis” ulterior pretende establecer que “la Nueva Política Económica (NEP) fue una etapa importante e indispensable en la vía del socialismo”. Dejando de lado el dato fundamental de que la NEP constituyó, según confesión del propio Lenin, “un retorno a ciertas formas del capitalismo en medida considerable”, es necesario admitir, en efecto, que, en esto, el equipo Suslov algo de razón tiene.

En 1921, Rusia se encontraba en estado de tan incurable miseria y de tan absoluta descomposición económica que, si quería seguir siendo marxista, el régimen tenía que proceder por cualquier medio a la acumulación de capital indispensable para la financiación de la política de industrialización sin la que, según parece y según se empeñan en sostener los ideólogos de la secta, no puede haber socialismo científico. Pero el régimen no tenía dinero líquido, al término del inverosímil jolgorio cuatrienal del Comunismo de Guerra, razón por la cual, y no por filantropía, rechazó la propuesta ya mencionada de Trotskiy⁴³. El antiguo dicho francés: “*Pas d'argent, pas de Suisses*”, asumía todo su sentido en la Unión Soviética del año 21 por cuanto, sin un fondo monetario considerable, la masa militarizada de 5 millones de trabajadores esclavos brindada al Moloc naciente por el camarada Bronstein podía sí romper piedras y hacer carreteras, contentándose con alimentarse con hierbas y raíces, pero en ningún caso fabricar máquinas, herramientas,

43. Cfr. nota n. 35.

explotar yacimientos y minas, levantar factorías, etc.⁴⁴. Por otra parte, ningún país capitalista estaba dispuesto aún a entregar capitales a un gobierno que acababa de decretar la anulación de las deudas extranjeras, pues, de hacerlo, hubiera provocado peligrosas agitaciones por parte de los portadores de títulos así inutilizados, que no eran sólo los grandes bancos, sino, esencialmente, decenas de miles de pequeños ahorristas, cuyo dinero había sido drenado por dichos bancos y que lo habían perdido todo⁴⁵. Lenin y su equipo necesitaban capitales urgentemente. La NEP, al reactivar la iniciativa privada en el comercio interior, la pequeña y mediana empresa industrial y la agricultura, facilitó la acumulación de dinero líquido, tanto en las arcas del Estado, que sacaba porcentajes muy elevados de todas estas operaciones, como en los depósitos de los *nepmen*, que operaban bajo estricto control de la *Cheká* y no se atrevían a practicar —sino en muy limitada y “heroica” escala— el arte de la evasión fiscal y de la doble contabilidad; y digo bien: “heroica”, por cuanto la delación había sido erigida ya en norma jurídica y moral y la no-delación se castigaba como delito mayor. De tal suerte, Stalin, al fin solo o casi —ya que Bujárin era un cero a la izquierda pese a haberse transformado en comunista “de derechas”— en el ejercicio del poder supremo, proclamó en 1927 el fin de la NEP, confiscó pura y simplemente estos depósitos, puso en marcha la política de superindustrialización por el sistema de los Planes Quinquenales, política que había imputado como crimen a Trotskiy, y consiguió la ayuda financiera y técnica de los países capitalistas, máxime de Francia, Alemania, Suecia, de la Italia fascista aun pero, sobre todo, de los Estados Unidos, sin necesidad de tantas relaciones diplomáticas⁴⁶.

La tesis relativa a la política de colectivización agraria “desencadenada” sobre Rusia —no hay otra palabra— a partir de 1930, en el momento en que el primer PQ se configuraba como una verdadera catástrofe, se expresa como sigue: “Era indispensable” (...) “persuadir a los campesinos de las ventajas brindadas por este tipo nuevo de vida”. De donde, embargados por el entusiasmo, esto es, voluntariamente, “millones de pequeños propietarios rurales se unieron en los *koljosi* para marchar hacia el socialismo”. No será calumnia ni maledicencia especificar que, para entrar en los encantos de esa “vida alegre y feliz”, dichos pequeños propietarios empezaron por marchar encolumnados hacia el cementerio, ni resultará ocioso preguntarse por qué los autores de esa “tesis” espeluznante no hacen la menor alusión

44. Esto será compensado, con ritmo creciente a partir de la creación en 1923 de los llamados “Campamentos de reeducación por el trabajo” de la organización Gulag, que existen todavía y cuya población ha variado según las épocas, y las necesidades, de 8 a 15 millones de deportados. A esta primera experimentación, se debió el trazado del canal Leningrado-Mar Blanco.

45. A partir de 1927, los gobiernos occidentales no se dejarán amedrentar por semejantes escándalos. El tiempo había pasado, muchos ahorristas habían muerto, no pocos de miseria fisiológica, y nadie se preocupaba ya por las quejas de los sobrevivientes. Y los bancos habían compensado sus pérdidas.

46. Otorgó incluso concesiones de explotación a inversionistas extranjeros, sobre todo americanos, entre los que me limitaré a citar a los banqueros Joseph Davies —al que, en 1934, Roosevelt dio el cargo de primer embajador de los Estados Unidos en URSS—, y William Averell Harriman, que desempeñó las mismas funciones durante el segundo conflicto mundial y, en la época Kennedy-Johnson las de embajador *at large*, con rango de Secretario de Estado Adjunto, encargado de los contactos confidenciales con Moscú (en mayo de 1968, asumió la jefatura de la delegación americana en las negociaciones de paz con Hanoi). Coincidencias singulares, en verdad: Roosevelt, en los momentos más determinantes de su actuación internacional, se mantiene en contacto con Stalin por intermedio de altísimos exponentes de la gran banca neoyorquina, como había hecho Wilson con Lenin, como

al tema de la "liquidación de los *kulaki* como clase", decretada por Stalin a fin de agilizar el expediente. No puede haber ninguna intención alevosa en hacerlo puesto que el Jefe Genial fue quien, durante la última guerra, confió a Churchill —el cual lo reporta, anonadado, en sus *Memorias*, comentando que el georgiano se le había aparecido como cultor privilegiado del humorismo negro— que esa política de colectivización había tenido su precio inevitable: 10 millones de campesinos liquidados por tiro en la nuca o por deportación según normas tan inhumanas que, entre 1930 y 1933, el campo ruso, singularmente el ucraniano, se transformó en un desierto humeante, con sus aldeas arrasadas y sus cosechas incendiadas, y sus incontables casos de canibalismo⁴⁷. Bien sé que, en la fraseología soviética, *kulak* quiere significar campesino rico, pero, en aquellos años, no había en la URSS sombra alguna de campesino rico, ni siquiera acomodado. Solamente había pequeños y, por lo general, muy pequeños, propietarios, a los que, *pour les besoins de la cause*, el camarada Menzhinskiy —sucesor del muy clemente Feliks Edmundovich a la cabeza de la *Cheka*, entonces *Guepeú*, político y morfomano como él y que el también amaba a los niños, aunque a su manera, y pianista talentoso— calificó de *kulaki*, por cuanto un buen "humanista" marxista-leninista únicamente puede serlo exterminando al mayor número posible de "enemigos de la clase obrera"; con esta circunstancia suplementaria que también se bautizó *kulaki* a un sinnfin de campesinos sin tierra que se negaban a dejarse colectivizar, pues consideraban menos aleatoria la condición de peones sí, pero libres. Con lo cual, a los cuarenta años de la operación, a los treinta y seis de la Gran Hambruna de Stalin, puesto que la susodicha operación culminó en 1934 y, para recordarlo de una buena vez, en el año centenario del nacimiento de Lenin, el Estado soviético —que, desde hace mucho tiempo, ha tenido que conceder a los campesinos el uso de parcelas individuales para que, a través del llamado "mercado libre", el pueblo ruso logre alimentarse, siempre por debajo de la cantidad de proteínas y de calorías necesarias por lo demás— tiene que seguir comprando cantidades fabulosas de cereales en el Canadá, en los Estados Unidos, en Australia, en la República Argentina.

harán Kennedy y Johnson con Jrushchov y con Brezhnev. En todo esto, se puede notar un tuffido financiero demasiado persistente para que no cause una penosa impresión.

Acotemos que, bajo la dictadura de los sucesores de Jrushchov, la ayuda exterior a la Unión Soviética ha asumido alcances impresionantes. Moscú adquiere en los países capitalistas —Japón, Francia, Inglaterra, Italia, Alemania Occidental, Estados Unidos, etc.—, no sólo cantidades considerables de cereales y de alimentos, sino fábricas enteramente montadas, centrales hidro y termoeléctricas, laminadoras, instrumental electrónico y mecánico de alta precisión y aun materiales de uso nuclear y elementos combustibles utilizables en coherencia. De esta suerte, en aquello que Occidente, incluidos los Estados Unidos, vende a la URSS mediante préstamos a largo plazo, figuran productos estratégicos que los soviéticos utilizan, por ejemplo en el Vietnam y en el Cercano Oriente, contra Estados Unidos y sus aliados. Últimos en la lista son los contratos suscritos con la Fiat, recientemente entrada en el giro financiero Rothschild —al que Harriman pertenece— y con la Régie Renault que por ser propiedad del Estado francés, bastante ha de tener que ver con la misma casa de banco, la cual, al tiempo que extiende el círculo de sus operaciones, parece olvidar sus compromisos con el Estado de Israel: *les affaires sont les affaires*...

47. La literatura acerca de esta trágica cuestión es abundante. Citaré, entre otros tantos, los trabajos siguientes: F. Belov, *The History of a Soviet Collective Farm*, Nueva York, 1955; A. Ciliga, *Dix ans derrière le rideau de fer* (2 vols.), París, 1950; W. H. Chamberlin, *Russia's Iron Age 1929-1934*, Nueva York, 1935; J. Chombar de Lauwe, *Les paysans soviétiques*, París, 1961; N. Jansy, *The Socialized Agriculture of the USSR*, Nueva York, 1950; G. Migliesi, *La collectivisation des campagnes soviétiques*, París, 1934; S. N. Prokopovitch, *Histoire économique de l'URSS*, París, 1952; H. Raupach, *Die Agrarwirtschaft des Sowjet-union*, Goettingen, 1953; B. de Vignacourt, *L'agriculture soviétique de Lénine à Brejnev*, París, 1967; Lord Walston, *Agriculture under Communism*, Londres, 1962, etc...

Pero, asegura el documento: "El XVIIIº Congreso⁴⁸ "sirvió para comprobar que, durante el primer Plan Quinquenal, se habían echado en nuestro país los cimientos socialistas de la sociedad", afirmación que, sin ánimo de ironizar, podríamos calificar de altamente opinable si no leyéramos a continuación: "La victoria del socialismo fue ratificada legislativamente por la Constitución de la URSS adoptada en 1936..."

Pues bien, aceptemos lo dicho, esto es, que, a los veinte años, o casi, de la Revolución de Octubre, la URSS era una sociedad socialista, vale decir, sin clases. Todos los "enemigos de la clase obrera" habían sido eliminados —la era de los Grandes Procesos que acababa de abrirse parecería indicar lo contrario, pero, en fin...—, y no existía más que una clase, la de los trabajadores, monolíticamente agrupada alrededor del Partido, compuesto igualmente por trabajadores, nadie lo duda. Por lo tanto, en 1936, en la Unión Soviética, ya no había "dictadura del proletariado", no podía haberla puesto que, en suma ¿quién sería tan estúpido como para "dictatorizarse" a sí mismo? En efecto, prosigue el dialéctico de turno: "La dictadura del proletariado ha sido substituída por el Estado de todo el pueblo". Problema resuelto, por consiguiente. Pero hete aquí que el desarrollo dialéctico de la misma tesis despierta nuestra sorpresa: "Lo que caracteriza la estructura social de la sociedad soviética es la existencia de clases y de grupos fraternales de trabajadores", razón por la cual "el Estado de todo el pueblo continúa la obra de la dictadura del proletariado". ¿En qué quedamos? Todos los padres de la Iglesia comunista, empezando por el mismo Marx y terminando por Suslov, ideólogo actualmente en el candelero y constantemente presente en su función de celoso guardián de la "línea general" pese a la hepatitis y la tuberculosis crónicas que lo aquejan, siempre han proclamado que la dictadura del proletariado era un medio transitorio destinado a la superación del sistema de clases y que, una vez afirmada esta superación, el Estado se extinguiría automáticamente. Pero resulta que, a los cincuenta años del radioso 25 de Octubre, a los treinta y un años del establecimiento del socialismo: 1 — el Estado no se había extinguido, puesto que la dictadura del proletariado solamente había sufrido un cambio semántico, al tornarse "Estado de todo el pueblo, continuación de la misma"; 2 — esta transformación reducida a lo semántico, indica que la relación política continúa fundándose en el principio de la lucha de clases; 3 — este Estado que se caracterizaría por la "existencia de clases y de grupos" viola desvergonzadamente el dogma básico de la escuela puesto que, al constreñirlos a mantener entre sí "relaciones fraternales", pasa por alto con el mayor cinismo el imperativo de la lucha de clases, fundamento de la dictadura del proletariado cuya razón de ser radica, precisamente, en la presencia de clases diferentes, las cuales, por ser diferentes, no pueden ser "fraternales" sino enemigas.

De lo cual concluiremos que el ideólogo Suslov, además de hepatitis y de tuberculosis crónicas, adolece de esclerosis cerebral galopante. Pues, en la URSS, la desigualdad social —ante la ley, en materia de bienestar, de salario, de alojamiento, de alimentación, de vestuario, de condiciones de trabajo, de ocio, etc.—, es más escandalosa que en cualquier país capitalista y no encuentra punto de com-

48. Celebrado en 1934.

paración posible fuera del sistema de castas todavía imperante en la "democrática" Federación Indiana de la Sra. Indira Gandhi.

Por primera y última vez, me sentiré enteramente de acuerdo con el editorialista, maoísta y corifeo de la Gran Revolución Cultural Proletaria, del diario *Bandera Roja*, de Peiping, cuando escribe: "Hay algo peor que un capitalista yanqui que se revuelca en su montón de dólares. Es un capitalista soviético vergonzante que siempre finge referirse al marxismo mientras se enfanga en su montón de rublos", definición cruel reportada por el "soviólogo" francés Philippe Bernert⁴⁹.

El Sr. Bernert, que residió en Moscú durante la dictadura jrushchoviana y los primeros años de la de sus herederos, acota sin conmiseración: "Una simple visita a Moscú permite descubrir a lo largo del río Moskva, en una orilla, los barrios altos, con sus inmuebles lujosos, donde se concentra la élite política, científica e intelectual de la URSS; en la otra orilla, las termiteras humanas de los suburbios obreros. Hay funcionarios que viven en departamentos para tres familias y tres familias que se reparten un alojamiento minúsculo. Los hay que van en autos de costo elevado, y otros que penan caminando. Y también, alrededor de Moscú, el viajero sorprendido topa con empalizadas, con cercados, con alambradas de púa, que vuelven a crear la propiedad privada a la que, en el entusiasmo sagrado de la Revolución de Octubre, se había abolido. Caminos reservados, cuyo acceso está vedado al público, conducen a las *dachas* de los nuevos ricos del régimen. Bosques, praderas tapizadas de flores, todo aquello que el comunismo había quitado al zar para darlo al pueblo, ha sido cercado otra vez en gran parte y reservado a la satisfacción de algunos privilegiados".

Pues bien, prosigue nuestro viajero: "¿Se trata acaso de abusos, de situaciones excepcionales, de simples fisuras en el edificio del comunismo? No. El mismo Estado es el que ha alentado la formación de grandes y de medianas fortunas" (...) "El asunto empieza en 1935"⁵⁰. "El propio Stalin, papa del marxismo-leninismo, fue quien lanzó el movimiento. ¡Enriquecéos!, dijo a los altos funcionarios del partido, a los científicos, a los técnicos, a los directores de fábrica. Lo dijo, por cierto, con otras palabras, en la jergonza economicista del régimen: *El estímulo a la producción torna inevitables las desigualdades de salarios y el recurso al sistema del interés personal*. Este texto, poco conocido en Occidente⁵¹, fue el acta de nacimiento del capitalismo privado soviético" (...) "Stalin se había dado cuenta de que había que elegir entre el comunismo utópico y la industrialización rápida de la URSS. Si quería esta última, tenía que estimular, recompensar a los dirigentes de sus fábricas, de sus industrias, de sus minas, otorgándoles primas, salarios altos y volviendo a establecer en su favor la propiedad privada con su consecuencia directa, la posibilidad de transmitir sus bienes a sus herederos.

"Se habla mucho hoy de un retorno de la URSS a ciertas tradiciones capitalistas. Ahora bien, es menester decir que los dirigentes soviéticos no los esperaron a Brezhnev y a Kóssiguin para iniciar este viraje. He aquí las fechas: en 1917, la propiedad privada y el derecho a heredar son abolidos. Dos años más tarde, se

49. En *L'Aurore*, de París, 12 de abril de 1966.

50. Esto es, un año después del XVIIIº Congreso, y un año antes de la Constitución Stalin.

51. El Sr. Bernert se equivoca: este texto no es poco conocido, es poco comentado... lo que es bastante distinto, y nos obligaría a hablar, como es debido, de los dueños de los medios de difusión.

admite que los bienes muebles de una familia⁵² son transmisibles a los parientes más próximos hasta un valor de 10.000 rublos. Esta limitación se levanta en 1926. En la Constitución que promulga diez años más tarde, Stalin vuelve a establecer integralmente *el derecho a la propiedad privada en lo que concierne a las ganancias y a las economías provenientes de un trabajo personal, y el derecho de transmitirlos a los herederos*. Por cierto, los derechos sucesorios son pesados, pero Stalin arregla el asunto en 1943⁵³. El Estado percibe un máximo de 10 por ciento por derechos sucesorios.

"En 1948, nueva mejora" (...): "Cada ciudadano soviético obtiene el derecho⁵⁴ de construirse una casa de dos pisos con cinco habitaciones. Sin embargo, no puede adquirir el terreno que permanece propiedad del Estado. Pero se obtiene muy fácilmente⁵⁵ un arriendo poco costoso, a muy largo término.

"Algunos no vacilan en edificar casas de tres pisos y doce habitaciones. El Estado cierra los ojos. Existe sí una limitación: una casa por familia. Pero se la gira. Primero, porque se tiene derecho a legar su casa a cada hijo de más de 18 años de edad y se puede edificar otra luego, si se tiene medios para ello. En principio, un propietario particular no puede tener inmuebles de inquilinato. Mas, aquí también, la ley cierra los ojos so pretexto de la crisis de alojamientos. Por el momento, los alquileres *privados* están bloqueados: no pueden exceder de más de 20 por ciento el alquiler exigido por el Estado que es de 1,32 rublo por metro cuadrado

"Progresivamente, el ciudadano soviético⁵⁶ se ha reinstalado en la mayoría de los derechos de un capitalista. Lo único que le queda por hacer es enriquecerse. Aquí es donde aparece la asombrosa desigualdad de los salarios rusos. Abajo, los obreros con un salario medio de 90 a 135 dólares mensuales. Luego viene la clase media de los burócratas y técnicos, con un salario de 405 a 540 dólares. Finalmente, la clase privilegiada: intelectuales, científicos, artistas, altos funcionarios, con salarios de 1.350 a 3.375 dólares mensuales.

"Interviene igualmente una lluvia de primas, gratificaciones y, para los sabios e intelectuales, de premios Lenin —de cien mil rublos— que los colocan de golpe en la clase neo-capitalista rusa. Sobre una población de 215 millones de habitantes, se cuenta cerca de 24 millones de privilegiados grandes y medianos y, en la cima de esta pirámide social, los multimillonarios del régimen: 2.500 mariscales, actores, directores de fábrica, altos funcionarios del partido.

"Esta élite suprema se ha desarrollado sobre todo a partir de la guerra. Antes de 1941, no había más que dos *multimillonarios rojos*. En 1954, eran 980 y, en 1964 superaban los dos mil. Esta progresión está en relación directa con el desarrollo económico de la URSS.

52. Cuyo jefe estaba afiliado al P.C., por supuesto.

53. En plena guerra contra Alemania: había que alentar a los combatientes y a sus familiares; algo así como un seguro de vida.

54. Y "el favor", lo que significa que tiene que disponer de buenos "enchufes".

55. A condición de tener "amigos influyentes".

56. Que pertenece, directa o indirectamente, a la Nueva Clase, lo que pone en juego toda una serie de conexiones, sin excluir las que provienen de las mujeres hermosas de la familia. Proudhon habló de "pornoeracia", Werner Sombart de "erotocracia", y Pareto desmenuzó el "mito del virtuosismo".

"Antaño, el Estado instituía el ahorro forzoso a fin de yuguar el poder adquisitivo de las masas. Desde 1958, el ahorro es libre y, por ser más favorable las condiciones económicas, un ciudadano soviético de cada cuatro tiene su libreta de caja de ahorro. La *media de lana rusa* pesa actualmente más de 150 mil millones de rublos y, cada año, se hincha en alrededor de 20 mil millones suplementarios. Todo soviético es un candidato a capitalista.

"En el curso de los últimos años, esas *tendencias a la propiedad privada generalizada* han sido criticadas con severidad en el seno del partido. Viejos bolcheviques, o muy jóvenes comunistas hijos de obreros necesitados, no admiten que se pueda otra vez amontonar fortunas en la URSS, crear pequeños imperios privados, coleccionar obras de arte y transmitir las a los propios herederos, cuando uno de los grandes principios del régimen recomienda, por el contrario, poner todos los cuadros, todas las riquezas artísticas a disposición de la gran masa de la población en los museos soviéticos.

"Toda protesta ha sido inútil. Stalin y sus sucesores promovieron a la gran élite capitalista en todo conocimiento de causa. Estos privilegiados, que todo lo deben al régimen, también son sus mejores defensores. Se cuenta con los *multimillonarios rojos* para mantener al comunismo. De tal suerte, lejos de desembocar en la eliminación de las diferencias entre las clases, la edificación del socialismo en la URSS no ha hecho más que acentuar las desigualdades entre la base y la cumbre..."⁵⁷.

Esta cita ha sido muy larga, seguramente. Con todo, me ha parecido indispensable, en primer lugar, porque responde con exactitud milimetrada a la mentira maciza contenida en la "tesis" susloviana que estamos examinando; en segundo lugar, en razón de su expresión realmente desapasionada, mas no fundada en las normas de esa "objetividad" de máquina registradora propia de tantos especialistas para los que el hecho social es realmente una "cosa" que no entraña ninguna lección moral; en tercer lugar, porque confirma con toda precisión los datos escuetos que, por mi parte, he logrado reunir, tanto mediante mis propios contactos, como a través de una documentación cuya seriedad he comprobado reiteradamente; en cuarto lugar, porque a la simplificación maciza que es el vehículo constante de la propaganda y de la historiografía soviéticas, las cuales operan por embates formulísticos que nunca se sustentan en referencias a verdades específicas, es imposible contestar

57. Para proporcionar al lector una idea más exacta aún de esa desigualdad y, puesto que, en la URSS, los problemas comunes y corrientes —empezando por el del sustento cotidiano—, por no encontrar frecuentemente salidas satisfactorias en las lucubraciones "científicas" de la Comisión del Plan de Estado, acaban por recibir su solución, ya que no en el Gum ni, demasiado a menudo, en el mismo "mercado libre", versión marxista-leninista de nuestro viejo "mercado negro", sí en el campo de deportación, llamado también "de reducción por el trabajo"; he aquí a continuación una noticia capaz, creo yo, de entregar algunas luces complementarias acerca del modo con que los privilegiados tratan a sus administrados del montón ciudadano. Se trata de un telegrama de la Agencia Reuter publicado por el diario *Clarín*, de Buenos Aires, el 23 de setiembre de 1965: "Moscú, 22 de setiembre. Dos hombres jóvenes y una adolescente fueron enviados hoy a un campo de trabajo por un tribunal ruso, por dar muerte a un cisne, en un parque moscovita, para hacerlo al horno. La joven Tatiana Voblikova, de 14 años, fue condenada a un año y medio; Igor Tsarev, de 24 años, a 4 años de trabajos forzados, y Viktor Roslavtsev, de 24 años, a 3 años y 4 meses de trabajos forzados".

¿Será necesario recordar que, en la Edad Media, el cisne era comida de ricos? ¿Habrá que concluir que, en la URSS, únicamente los miembros de la Nueva Clase tienen derecho a esos manjares privilegiados, y que sus administrados, ya reducidos a siervos de la gleba, sólo reciben las migajas del festín?

de otra manera que prolija y minuciosamente. A fin de cuentas, las "tesis" ocupan dos páginas de gran tamaño del diario *Pravda* y, frente a esa carrada de mentiras por acción, palabra y omisión, he operado con discreción, casi me atrevería a decir, exagerada.

Para no abrumar demasiado al lector, me reduciré a analizar ahora una última simplificación, que nada tiene que envidiar a las anteriores en razón del cúmulo de mentiras en que se sustenta. Se trata de la "tesis" relativa al papel desempeñado por la Unión Soviética en el campo internacional durante los años de preparación y en los desarrollos de la segunda guerra mundial. Aquí, todo se simplifica maravillosamente.

En efecto, según sostienen los autores, el peligro de agresión imperialista que pendía sobre la URSS desde el mismo 25 de Octubre, "aumentó considerablemente cuando el fascismo alcanzó el poder en Alemania". Aquí, debe de haber alguna confusión. Por una parte, Lenin y, luego, Stalin, de 1917 a 1933, siempre habían clamado al cielo contra una inminente agresión por obra de Francia y de la Gran Bretaña, y consideraban a Alemania —el pacto de Rapallo implicaba este tipo de amabilidades— como una víctima de ese mismo imperialismo y, por consiguiente, como compañera eventual de infortunio. Por otra parte, Francia y la Gran Bretaña, lejos de preparar una agresión contra la Unión Soviética —con la que mantuvieron relaciones diplomáticas y comerciales casi siempre correctas—, se limitaban a vigilar sus movimientos en el resto de Europa y en Asia, considerándola más bien como un cero a la izquierda en el plano militar. A menos que, y esto es más que probable, Lenin, Stalin y sus congéneres consideraran como prueba de espíritu de agresión la simple voluntad de los franceses y de los ingleses de no dejarse fagocitar por el comunismo. Además, cuando Hitler llegó al poder, esta relación cambió fundamentalmente de signo. París y Londres no se preocuparon ya tanto por el peligro latente acarreado por el comunismo como por los designios de agresión y por los métodos de expansión puestos en marcha sistemáticamente por el austríaco, hasta el punto de resignarse finalmente, empujados por Roosevelt de un modo que llegó a ser indiscreto, a buscar, si no la amistad, por lo menos la alianza o la colaboración militar de la URSS con el fin de atajar la amenaza hitleriana. Resulta, pues, más que sorprendente que el autor de las tesis sentencie que, "en estas complejas condiciones, la Unión Soviética firmó un pacto de no agresión con Alemania, que desbarató los cálculos de los imperialistas". Si algún cálculo desbarató es el que *Foreign Office* y *Quai d'Orsay* habían lucubrado de una alianza anglo-franco-soviética. De todos modos, esa preocupación pacifista del Kremlin, tan rebosante de pureza idealista, no fue recompensada, puesto que, "con la complicidad de los medios dirigentes de Occidente, la Alemania nazi desencadenó la segunda guerra mundial", razón por la cual "la Unión Soviética tuvo que entablar un combate singular contra esta máquina de guerra colosal". Dejaremos de lado esa singular apreciación por la que países en guerra unos contra otros pueden verse acusados de complicidad, a menos que esta complicidad consista en desencadenar una guerra unos contra otros para proporcionar mejores beneficios a los respectivos *merchants de canons*. Se trataría, en suma, de una complicidad de la especie de la que podría unir al verdugo con el ahorcado. Pero *passons*.

Una duda viene de repente al espíritu: la urss luchó, pues, reducida a sus únicos recursos, contra “una máquina de guerra colosal”, cuyos mecanismos estaban compuestos, no sólo por la Alemania nazi, sino también por “los medios dirigentes de Occidente”, vale decir que tuvo que afrontar, sola y desnuda, una coalición de que formaban parte, además de Adolfo Hitler y Benito Mussolini, el rey de Inglaterra, el presidente Lebrun, pronto substituido por el mariscal Pétain, y el mismo presidente Franklin Delano Roosevelt, sin contar otros astros menores de la galaxia imperialista. Pues, en un primer tiempo, la urss se une a Alemania, que encarna para ella una amenaza gigantesca de agresión, para desbaratar los cálculos imperialistas; en un segundo tiempo, la guerra estalla de todos modos y, obligada a defenderse sin aliados contra todos los imperialistas que, por lo visto, han dejado de calcular para sumar todos sus medios de agresión contra la urss, ésta “entabla un combate singular contra esta máquina de guerra colosal”. Por consiguiente, la Alemania nazi no llevó a cabo acción militar alguna a expensas de Polonia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Francia, Inglaterra, Yugoslavia, Grecia —y es posible que olvide alguno—, nunca puso pie en África septentrional, no hundió a ningún barco británico o norteamericano. Y la Unión Soviética, pese a su inocencia y a su espíritu de paz, ella que nunca agredió a nadie, logró defenderse tan magistralmente que derrotó al mundo entero, incluidos Estados Unidos, Francia, la Gran Bretaña, Polonia, etc., etc., lo que parecería indicar que, pese a su espíritu pacifista y a su inocencia moral y política, detentaba una “máquina de guerra más que colosal”. Así parecería, en verdad, puesto que, concluye la tesis: “La guerra terminó por donde había empezado. Los ejércitos nazis capitularon sin condiciones. El Japón militarista también fue derrotado”.

Pues bien, si el estudioso pretende encontrar una alusión, por fugaz que sea, a la parte desempeñada por Inglaterra y los Estados Unidos en este conflicto singular, o a las ayudas inintermitidas e incondicionales que estas potencias brindaron con tan pasmosa irresponsabilidad a Stalin y a sus huestes, o siquiera a la tan cacareada hasta 1945 “Cruzada común de las democracias contra el fascismo”, mejor que se resigne. No encontrará nada en el documento de marras. Negligencia que se apunta de cuerpo entero en la línea leniniana, quiero decir, falta absoluta de sensibilidad de la misma naturaleza que la que, mientras los cuáqueros norteamericanos, el Vaticano, Francia e Inglaterra enviaban a Rusia ingentes cantidades de alimentos y de medicinas en 1922 para que los rusos, arrasados por cuatro años de Comunismo de Guerra y de cuidadosa administración bolchevique, no murieran todos de hambre, como estuvo efectivamente a punto de suceder entonces, hacía que el hombre de Simbirsk se desternillara de risa por lo que llamaba “sensibilidad empaigosa de los capitalistas”.

¿Para qué extrañarse, en suma, puesto que éste que hemos estado analizando es un documento simplificador conforme a la tradición moral marxista-leninista aplicada al estudio de la historia y destinado, como todos los documentos provenientes de la escuela, a “ilustrar”, si se me perdona el término, la infalibilidad y la pureza de la filosofía de la acción y de sus portadores habilitados, de Lenin en adelante, en la tarea de destrozar el mayor número de cabezas posible. Sistema éste salido de la mente en ebullición de un “meditabundo pensador” alemán, mas que, una vez pasado por el cerebro helado del “Pugachov de universidad”, cuyo cente-

nario estamos celebrando en medio de un apresto de armas que autoriza a temer el próximo desencadenamiento de otra hecatombe universal, logró afirmarse, imponerse y mantenerse, no ya con tantas referencias a la filosofía ni con mucha “necesidad de estudiar a Marx”, como dicen ahora los muchachos de la contestación global, sino que apuntaba Rabelais que era mucho más sabio y juicioso, “por todos los medios, de los que el más honesto es el robo...”

ALBERTO FALCIONELLI

POSTDATA

Terminado este trabajo y entregado ya a la imprenta, llegó a mis manos el importante estudio de Stefan T. Possony: *Lenin. Una biografía*, publicado por la editorial “Iberia”, de Barcelona, en este mismo año del centenario, como traducción del texto original alemán: *Lenin. Eine Biographie*, de la “Werlag Wissenschaft und Politik”, de Colonia.

Se trata del trabajo de investigación más serio y completo llevado a cabo hasta la fecha acerca de Vladimir Ilich, tanto en el plano de la acción política y revolucionaria, aun en sus aspectos menos conocidos que no son los menos determinantes, como en los órdenes de la psicología y de la vida afectiva. Esto es muy importante, tratándose de un personaje al que sus biógrafos habituales —aun sus críticos más acerbos— presentan por lo general como el *superman* de la empresa revolucionaria, en el que se concentrarían todas las “virtudes” de todos los agitadores sociales habidos y por haber, de Graco al Che Guevara, pasando por Cromwell, Robespierre, Blanqui, etc., etc., dándose por admitido que al susodicho *superman* no lo afectó jamás ninguna de las limitaciones de los mentados caballeros; un demurgo, en suma, de alma diamantina y de corazón impoluto. En realidad, todos sus biógrafos, de Malaparte en adelante, parecen dar por descontado este rasgo excepcional, único, de la personalidad revolucionaria de Lenin.

Pues bien, Possony, gracias al inmenso trabajo de búsqueda que ha realizado en los archivos secretos de la *Ojra*, ahora en depósito en el “Instituto Hoover”, de las policías políticas japonesa, inglesa y alemana, en el fondo de los servicios de inteligencia de estos mismos países y del ex Imperio Austrohúngaro, y al manejo de la correspondencia privada de Lenin con sus familiares y con sus colaboradores del partido bolchevique, destruye este mito con admirable serenidad, reduciendo dicha personalidad a sus justas proporciones, que no son mediocres por cierto en razón de la aguda inteligencia del individuo, y poniéndola por fin al alcance del común de los mortales. Así quedan perfectamente delineadas y exploradas su aterradorra inmoralidad política, su falta pasmosa de escrúpulos aun en el plano de la simple relación humana, su carencia absoluta de sensibilidad ante el sufrimiento ajeno incluso de sus amigos más íntimos, su vesanía sanguinaria, su vocación sin falla por el error y su incapacidad monolítica para gobernar sin recurrir al despotismo, a la violencia y al terror. Particularmente notables son las páginas relativas a la relación, financiera claro está, de Lenin con los servicios secretos del Tenno durante la guerra ruso-japonesa, a su entrega a los mismos servicios de la Alemania imperial a partir del fracaso de la revolución de 1905 y sobre todo durante la primera guerra mundial, acerca de su obra de descomposición interior de la social-

democracia rusa y europea. Muy exactamente estudiados todos los pormenores de la capitulación de Brest-Litovsk y del asesinato de la familia imperial, la voluntad de Lenin de desatar la guerra civil en Rusia y sus provocaciones para conseguirlo, su transformación del partido en máquina de represión preventiva y los métodos de que se valió para "fabricarse" un sucesor a su medida en la persona de Stalin. Todo ello, agregado a su pedantería incurable de seudointelectual y a su odio por todo aquello que se destacara, por levemente que fuese, de los más lastimosos niveles de mediocridad, nos entrega una base, acabadamente documentada, para descubrir las causas de la singular "realización del socialismo" todavía en curso en el área dominada por el "humanismo marxista-leninista".

Con esta obra ejemplar, y la de George Katkov: *Russia 1917. The February Revolution*, Longmans, Londres, 1967, el estudioso dispone ahora de los instrumentos más eficaces para apreciar en todos sus alcances la naturaleza del drama en que Rusia y el mundo se debaten desde el derrocamiento de los Romanov y a consecuencia de este acontecimiento, que yo considero como el acontecimiento fundamental del siglo XX. Con lo cual me declaro ampliamente satisfecho, en razón de esta doble confirmación, de la tarea de "soviólogo" cumplida por mí desde mi *Historia de la Rusia Contemporánea* hasta la presente crónica de la *Sagrada Familia*.

Mendoza, 14 de octubre de 1970.

A. F.

LA OBRA HISTORIOGRAFICA DE BOSSUET

I — Introducción

Posiblemente, a primera vista, pueda parecer que poca es la importancia que tiene, para los estudiosos de nuestra época, el conocimiento de la figura de Jacobo Benigno Bossuet, de su trayectoria intelectual, del contenido de su pensamiento. Sobre todo por tratarse de un hombre que fundamentalmente no hace sino adecuar a su época, pleno siglo XVII, una corriente histórico-filosófica ya perfectamente esbozada en los finales del mundo antiguo y desarrollada luego a lo largo del medioevo. Sin embargo, creemos que Bossuet representa un hito importante en la historia del pensamiento, del pensamiento histórico en especial.

Quizás nadie haya comprendido y expresado tan bien esto como Paul Hazard: "La mayoría de los franceses pensaban como Bossuet, los franceses piensan como Voltaire: es una revolución"¹.

Bossuet representa, pues, un momento límite dentro de un proceso que lleva a una revolución. Es el último gran exponente del pensamiento que nutre a la época anterior a la revolución. Justamente, lo novedoso, lo verdaderamente original en Bossuet, haya sido quizás, mantener con altura y dignidad, en pleno siglo XVII, en pleno avance del racionalismo, en medio de esa época de "crisis de la conciencia europea", una actitud y una manera de pensar, una posición histórica, francamente opuestas a las formas y actitudes que desembocarían en la "Ilustración". No creamos que por ello es Bossuet un hombre fuera de su época. Por el contrario, él es en gran medida hijo de esa época racionalista a cuyo influjo no puede escapar; pero, sin embargo, es a la vez el último representante de la línea agustiniana, es el defensor apasionado de una interpretación cristiana de la vida y de la historia, a despecho de la "revolución", aparentemente latente, pero ya en pleno desarrollo. El siglo XVIII lo demuestra. Bossuet representará ahora lo caduco, y, sin embargo, dejará un intento y una obra tales, que serán en gran medida respetadas aún por sus mismos opositores, tal es el caso de Voltaire.

Nos interesa en este trabajo el pensamiento histórico y la obra de carácter historiográfico de Bossuet. Sin embargo, hemos creído necesario dedicar algunas líneas a la época histórica en que vivió y al momento cultural en que desarrolló su obra. Nos referiremos también, brevemente, a su vida y a su obra en general con el objeto de que adquiriera mayor sentido el tema que nos interesa. El objeto es, pues, ver la obra historiográfica de Bossuet, pero dentro de su obra en general, y ésta en relación con el marco histórico y cultural en que vivió.

1. HAZARD, PAUL, *La crisis de la conciencia europea*, Traducción de Julián Marías, Madrid, Pegaso, 1952.